La Ilustración Artística

Año XI — Barcelona 12 de septiembre de 1892 — Núm. 559

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Con este número repartimos á nuestros suscriptores el segundo tomo de la importante obra «**AMÉRICA**. Historia de su descubrimiento desde los tiempos primitivos á los más modernos,» profusamente ilustrada



CANCIÓN PICARESCA, cuadro de Otón Lorch

SUMARIO

Texto. - *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. - *Monumento á Colón en la Rábida*, por Eduardo Toda. - *Arte, amor y miseria*, por Ricardo Revenga. - *Boceto. El congreso de las piedras*, por Juan O-Neille. - SECCIÓN AMERICANA: *El tesoro escondido* (continuación), por Natanael Hawthorne. - *Misceldnea* con noticias de *Bellas Artes, Teatros, Necrología* y otras varias. - *Nuestros grabados. - Aria. Leyenda bíblica*, por Meurville, ilustrada por Marold. - SECCIÓN CIENTÍFICA: *El panorama «El Vengador» y sus instalaciones mecánicas*, por G. Richon, ingeniero de artes y manufacturas. - *El Teatro óptico de M. Reynaud*, por G. T. - *Dinamómetro registrador del capitán Leneveu*, por J. Lafargue. - *Noticias varias: Microbios y billetes de Banco. - Nuevo indicador de incendios. - Fotografías de cometas. - El hambre en la India.* - Libros recibidos en esta Redacción.

Grabados. - *Canción picaresca*, cuadro de Otón Lorch. - *Monumento á Colón en la Rábida*, proyecto del arquitecto Velázquez. - Detalle del primer tercio de la columna. - Detalle del capitel. - *El naturalista*, dibujo de D. Mariano Fortuny. - *Un matón*, cuadro de D. Manuel Correa. - *Maja*, escultura de D. José Campeny. - *En desgracia*, cuadro de Francisco Eisenhut. - *Comida de cazadores*, cuadro de G. B. Quadrone. - *La bendición de las palmas en Olot*, cuadro de D. Laureano Barrau, grabado por Sadurní. - Fig. 1. Panorama *El Vengador* en los Campos Elíseos de París. Vista del buque desde abajo. - Fig. 2. Panorama *El Vengador*. El buque puesto en movimiento. - Vista en conjunto del Teatro óptico. Una escena de la pantomima *¡Pobre Pierrot!* - Dinamómetro registrador del capitán Leneveu. - *La conversión del duque de Gandía*, cuadro de D. José Moreno Carbonero.

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Las peregrinaciones. - En lo pasado. - Ahora en Francia. - La llamada peregrinación nacional. - El campo de Lourdes. - La iglesia. - Las prácticas. - Zola en Lourdes. - Juicios varios. - Fiestas á la Virgen. - Recuerdos de la infancia. - Las procesiones levantinas. - Poesía y piedad. - Conclusión.

I

Nada muestra tanto el carácter superior, intelectual y moral, de la especie humana sobre todas las especies animadas, sus semejantes, como esa necesidad universal de comunicación entre sí por los pueblos sentida, y como ese cambio de ideas y de productos, al cual se convierten los intereses y los pensamientos individuales ó particularísimos en pensamientos é intereses humanos. Mientras el hombre se queda en su tierra inmóvil, parécese algo al vegetal en su terrón; mientras se queda sólo en su hogar, parécese algo al bruto en su madriguera; pero en cuanto busca la comunicación estrecha con los demás individuos de su especie y por todos trabaja y para todos piensa, únicamente se parece á sí mismo, y como humano, como necesario factor de suma cual nuestra especie, merece de plenísimo derecho su inmanente soberanía en la Naturaleza. De aquí la solicitud en todos los reveladores por facilitar la comunicación estrecha ante todos los hombres. Mercados asirios, pascuas judías, juegos helenos, ferias romanas, Mecas y Zecas árabes tuvieron por fin y objeto primordiales esta comunicación entre los hombres, que no pueden juntarse nunca para obras de caridad y de paz y de amor, sin verse también reunidos en fundamental solidaridad de ideas y hasta de intereses. Tan conocedor el catolicismo de la naturaleza humana y tan dispuesto á una sabia congruencia con todas sus aspiraciones fundamentales, no podía desatender y descuidar estas inteligencias entre los hombres, exigidas por su natural aspiración á la universalidad. En virtud de disposiciones canónicas, ó en virtud de la sugestión colectiva y social sobre los fieles, tres grandes peregrinaciones se suscitaron en las edades cristianas: peregrinación á Oriente, ó sea peregrinación á Jerusalén; peregrinación á Occidente, ó sea peregrinación á Compostela; peregrinación al centro de nuestra Europa, ó sea peregrinación al Vaticano, las cuales unas veces produjeron las Cruzadas con todas sus saludables consecuencias políticas, otras veces juntaron al noble y al pechero en jubileos donde iban poco á poco estallando los germenes de nativa democracia encerrados en el seno de las ideas cristianas. Reconocida, pues, por nosotros la importancia de toda peregrinación y proclamado el carácter civilizador que tuvieron en los siglos medios, no habrán por modo alguno de maravillarnos las peregrinaciones contemporáneas, siquier hayan perdido, por nuestra gran facilidad en las comunicaciones, el interés é importancia de otros tiempos.

II

Pero tiene una índole tan especial hoy la peregrinación de Lourdes, que, á veces, ocupa y embarga todo el pensamiento europeo, como ha sucedido con la última celebrada, objeto de comentarios perdurables en la prensa continental durante la segunda mitad de agosto. Desconocería la verdad por completo de nuestro estado social quien desconociese que, al frustrarse la revolución democrática del 48, desvaneciéndose las esperanzas puestas por Pío IX en la democracia católica y en la resurrección italiana, sobrevino una serie de reacciones, las cuales, no solamente tocaban á la política, tocaban también á la religión y á la ciencia. De aquí nació una escuela ultramontana, exageradísima y radicalesca, como nunca lo fuera el mayor ultramontanismo, y hasta cierto límite artificiosa y fantaseadora. Llegóse por ella de retroceso en retroceso hasta suprimir la razón y la conciencia humanas por engañadoras, y á pedir el restablecimiento de las antiguas teocracias, más retrógradas que los reyes absolutos, como forma única de gobierno conveniente á las humanas sociedades. Pues la exageración en teología, la exageración en política, la exageración en moral, trajeron consigo aparejadas grandes exageraciones en prácticas y ejercicios devotos, que llegaron á cristalizarse, como por arte mágica, en el santuario de Lourdes, fundado para mantener el milagro perpetuo, como se había fundado de la nueva teología para mantener el agnosticismo en metafísica y la nueva política para mantener el régimen teocrático. Lourdes no significa ni representa más que tal reacción abominable y abominada, de la cual se derivaron hechos tan terribles como el maldito golpe de Estado bonapartista, como la ocupación de Roma por los ejércitos imperiales, como el reinado semiabsoluto de doña Isabel II, como el descoyuntamiento y desmembración de Italia, como aquella infame campaña de Méjico, para la cual escogieron los reaccionarios de todos colores al infeliz Maximiliano, encargándole de impulsar hacia el retroceso al Nuevo Mundo, malherido por la guerra de Caines, que los patricios negreros declararan á la cristiana República de Wáshington. ¡Oh! Lourdes fué como el depósito donde se juntaba el caldo mágico de que se nutrían á una todos estos microbios.

III

Merced á tal trascendencia, el espacio donde se halla Lourdes atrae mucha gente, y la visita de un observador como Zola promueve innumerables cavilaciones y con ellas los consiguientes comentarios á tan curioso hecho. El gran realista carga con su máquina de fotografiar y corre al pie de los Pirineos para recoger copias del cavernón donde se apareció á Bernardita la Virgen María en persona, y copias de la Iglesia erigida sobre los espacios de la gruta por la escuela ultramontana en los días más tristes de la más álgida reacción. Seguramente tropezará con fenómenos curiosos. El primero es que aquello no se parece por ningún lado á los santuarios verdaderamente católicos, por las lágrimas y por las plegarias de cien generaciones ungidos; aquello es pura y simplemente un espacioso bazar. Cuando yo me acuerdo, en las reminiscencias naturales que acompañan mi vida entera, del Pilar de Zaragoza, que parece toda la historia del núcleo en torno de cuyas masas luminosas é ígneas se formó el centro de nuestra nacionalidad; la puerta del Paraíso y de la Gloria en Compostela, que tanto ilustrara los siglos medios y esparciera ideas de humanidad en el fraccionamiento feudal; aquella Virgen de Montserrat alzada sobre las aras del hermoso monte y ceñida con la preciosa crestería de rosáceas cumbres; cuando evoco la Virgen de Toledo cantada por Calderón y la Virgen de Sevilla puesta en su alicatado santuario por Fernando el Santo; cuando tiro una línea desde la capilla de Covadonga, tan sacra verdaderamente, hasta la capilla de los Desamparados, incensada por el azahar y bendecida por coros de ruiseñores y alondras, y luego paso mi pensamiento sobre la Rábida, cuyas oraciones han creado nuevos cielos y mares nuevos; todo esto me parece templo y revelación y estética y santidad, mientras Lourdes con sus botellas de agua milagrosa y sus tiendas de rosarios caros me parece bazar y mercado, todo, menos Iglesia verdadera y viva. Llegáis, y al encontraros frente á frente con la imagen reducida en bronce del San Pedro del Vaticano, en vez de ver sobre su cabeza la leyenda evangélica, veis un cartelón, puesto sobre su corona, que dice: «Mucho cuidado con vuestros portamonedas.» Después de tal caída desde las crestas del misticismo al estercolero de la realidad, convertido el templo de Dios en cajón de pólizontes, no quiero decir lo que hallaréis, pues por todas partes os acosan á un tiempo las farsas de un repugnante milagro inverosímil y los alardes de una devoción mojigata. Yo cada día creo más en la virtud y eficacia del Cristianismo; pero cada día creo menos en los milagros falsísimos y en la devoción hipócrita. Y Dios me conserve así hasta la hora de mi muerte. Veremos lo que dirá Zola. Yo, en Lourdes, me acordaba del pueblo levantino, donde corriera la infancia mía, me acordaba de la hermosísima Elda.

IV

Por estos primeros días de septiembre celebrábamos allí las fiestas de María, tan diversas de las fiestas de Lourdes. Yo recuerdo cuanto sucedía en tales festejos como si estuviese ahora mismo presenciándolos. Todos los niños de la escuela contábamos con los dedos de las manos, desde los comienzos del estío, los días que faltaban al advenimiento de tan sublime fiesta. Conforme se acercaba, nos íbamos poniendo enfermos de impaciencia. Esperábamos á ver en nuestras calles la Virgen, todo el año recluída en su áureo camarín, y alguna que otra vez entrevista con amor tras el espeso incienso de las áureas gasas, muy lejos, en sitios inaccesibles, así á nuestros ojos y á nuestras manos. Comenzaba la festividad por la víspera en punto de las doce de su noche. A esta hora crítica le llamábamos albada. No puede concebir ni comprender un artesano cómo á un campesino le duele trasnochar hasta las doce, cuando suelen llevar por la costumbre de dos á tres horas del sueño bendito, consiguiente al trabajo forzoso y diario. Costábanos trabajo sumo estar de pie á hora tan tardía de suyo y tan ajena en último término á nuestros peculiares hábitos. Mas así que rompían las bandas varias de música en himnos, y tronaban los morteretes en salvas, y repicaban las campanas al vuelo, y henchían de voces regocijadas las gentes el aire, y una procesión de antorchas, parecida mucho á las retretas y pasacalles corrientes ahora en las ciudades europeas, interrumpía el silencio de la noche y lanzaba toda la población fuera y lejos de sus hogares, corríamos nosotros al festejo y gozábamos de todas sus incidencias y de todo su conjunto con una intensidad tal de goces, que no podrá luego reproducirse jamás en todo el curso de la vida, embotada por los años la sensibilidad y extinta por el cálculo y por la experiencia nuestra entonces viva y creadora fantasía. ¡Cómo volaban á la vista nuestra, fascinada en aquel hipnotismo producido por indescriptibles corrientes magnéticas, los cohetes de mil varias luces y colores en la serena inmensidad celestial, donde nos parecían inesperados cometas, como los anunciados por las epopeyas fantásticas para la edad en que llegase á entrar la creación dentro de armonías prometidas por pronósticos propicios y aguardadas en místicas esperanzas! Ya, desde aquel punto hasta dos ó tres días después, no teníamos espacio ni tiempo sino para los más exaltados regocijos, en que solían mezclarse, cual aconteciera por los tiempos y los pueblos paganos, satisfacciones personales con una mística idealidad religiosa. Las calles, enramadas con salvia y romero, á gloria olientes; las fachadas, ceñidas todas con tarajes y adelfas, de las cuales pendían vistosísimos y aromados ramilletes; los balcones, vistosos con las colgaduras que pendían de cuantos huecos y puertas daban fuera; desde un tejado hasta el tejado frontero líneas de gallardetes multicolores; por las esquinas altares al aire libre, consagrados por efigies que tornaban en templo los más profanos sitios; todos estos objetos múltiples disponían el ánimo y el espíritu á la procesión admirable, donde nos embargaban, sacándonos de nosotros mismos, las enseñas y los guiones de brocados que recamaban brillantes bordaduras, las cruces de plata esmaltadas con primor y seguidas de magníficos candelabros, las gentes del pueblo llevando cirios que lucían con inusitado brillo en el arrebolado anochecer, el coro exhalando cánticos de sacra liturgia sostenido por concertadas orquestas, la Virgen conducida en áureas andas con los ángeles en legión á sus plantas, el manto de tisú en los hombros, la corona y el nimbo de pedrería en la cabeza, bajo un palio deslumbrador, entre un clero vestido de arrogantes dalmáticas, realzada por nubes de humo que despedían los incensarios y por cánticos que levantaban voces suavísimas, ante un pueblo hincado de hinojos y extático en una contemplación arrobada é interminable. Seríamos por aquella sazón inocentes en demasía y contentadizos y optimistas; pero debemos decir con toda sencillez que, desde Natividad á Natividad, nutríamos las incensantes aspiraciones estéticas de nuestro espíritu con el recuerdo que nos había dejado la Natividad anterior y con la esperanza de otra Natividad próxima; pues aunque en todas se repetían las mismas fiestas y ceremonias, con ellas también se repetían en todas nuestras almas las mismas emociones.

Madrid, 5 de septiembre de 1892.

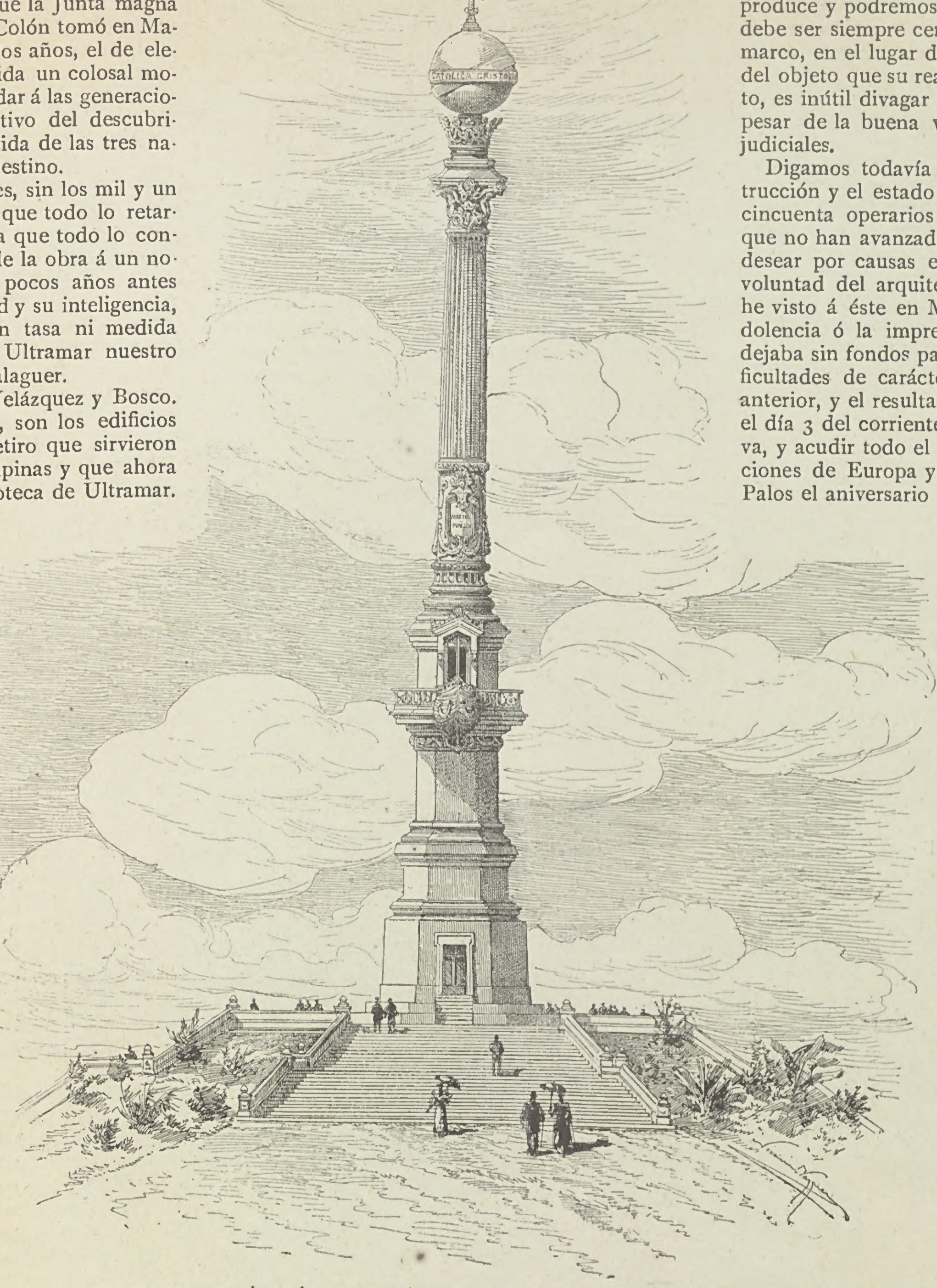
MONUMENTO A COLÓN EN LA RÁBIDA

Entre los primeros acuerdos que la Junta magna de las fiestas del Centenario de Colón tomó en Madrid, figuró, hace por lo menos dos años, el de elevar frente al convento de la Rábida un colosal monumento que contribuya á recordar á las generaciones futuras el primer hecho positivo del descubrimiento de América, ó sea la partida de las tres naves españolas para su ignorado destino.

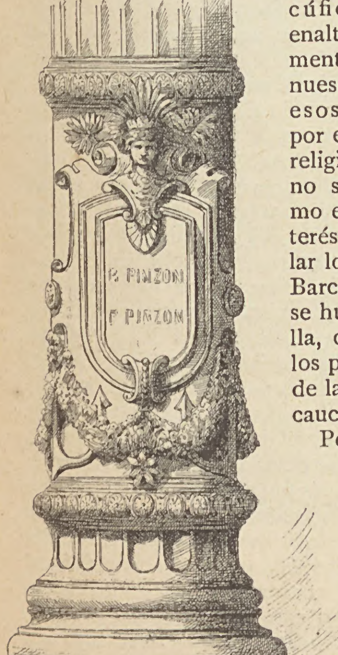
Y sin concursos, sin dilaciones, sin los mil y un tropiezos de la burocracia oficial que todo lo retarda, ni de la burocracia académica que todo lo contradice, se encargó la ejecución de la obra á un notable arquitecto de Madrid que pocos años antes pudo distinguirse por su actividad y su inteligencia, merced al generoso apoyo que sin tasa ni medida le prestó desde el Ministerio de Ultramar nuestro distinguido paisano D. Víctor Balaguer.

El arquitecto es D. Ricardo Velázquez y Bosco. Sus obras principales, en Madrid, son los edificios levantados en los jardines del Retiro que sirvieron para la última Exposición de Filipinas y que ahora se utilizan para el Museo y Biblioteca de Ultramar. Estas construcciones revelan el carácter de Velázquez, decidido como el de Doménech, aunque no tiene sus audacias, y particular como el de Gaudí, faltándole, sin embargo, su originalidad tan discutida. Verdad es que en Madrid se respira un ambiente muy distinto del de Barcelona, y que en la corte una salida del ritual canónico de la arquitectura no se perdonaría nunca y sería siempre criticada por los que en razón de su censorado oficial dicen la última palabra en todas las cuestiones que se relacionan con el arte.

Velázquez es un apasionado del arte árabe, pero su destino le ha tenido con frecuencia alejado de los grandes monumentos que legara á nuestra patria la civilización musulmana. En sus sueños de poeta ha esperado quizás poder dirigir la restauración de la catedral de Córdoba, librando su *bosque de columnas* de los altares churrigueerescos y demás adefesios que lo desdoran: sueños verdaderos, que mal se avienen ni con la civilización tan atrasada de esta tierra ni con la cultura tan escasa de nuestra gente. El humo del incienso seguirá, ahora y durante muchos años, ennegreciendo los delicados arabescos y los anchos frisos con las cúficas inscripciones que enaltecieron al Dios clemente y único; en cambio, nuestras catedrales góticas, esos monumentos hechos por el arte cristiano para la religión que los inspirara, ó no se acabarán nunca como en Tarragona, ó el interés y la vanidad particular los destrozará como en Barcelona, ó se dejará que se hundan como en Sevilla, ó que como en León los parta un rayo por falta de las más elementales precauciones.



MONUMENTO Á COLÓN EN LA RÁBIDA, proyecto del arquitecto Sr. Velázquez



Detalle del primer tercio de la columna

Pero volvamos al asunto de nuestro artículo, y empecemos á ocuparnos del monumento conmemorativo de la Rábida. Hace exactamente un año, ó sea en el mes de agosto del año pasado, empezó la ejecución del proyecto del arquitecto Velázquez. Consiste éste en un basamento hexagonal de 22 metros de altura, liso y sencillo, sin ningún adorno ó motivo que altere la severidad de sus líneas. La puerta que se abre en su parte baja y que da acceso al interior del monumento tiene la inclinación especial de los pilones egipcios.

Sobre esta base corre un friso, del que se destacan las proas de la nao y las dos carabelas que fueron al descubrimiento de América, es decir, de la *Santa María*, la *Pinta* y la *Niña*. En su torno corre un balcón que será la única parte del monumento á que se podrá tener acceso. Esta parte recuerda las columnas rostratas de los romanos.

Sobre el basamento se levanta una columna estriada, de estilo griego, con el pedestal decorado por alto nexo y un soberbio capitel en su parte superior. La altura total de esta columna es de 25 metros por dos y medio de ancho: en su nexo se esculpirán sobre ovaladas cartelas rodeadas por guirnaldas de flores los nombres de todos los tripulantes de los buques que acompañaron á Colón en su primer viaje y los de las personas que más directamente le favorecieron para la realización de sus proyectos.

El capitel está decorado por tres indios, figuras de tres metros de altura, que encorvadas sostienen la base en que se apoya la corona real de España del tiempo de los Reyes Católicos. A su vez esta corona sirve de asiento á un globo terráqueo de cuatro metros y medio de diámetro y sobrepuesta á éste hay una calada cruz de hierro.

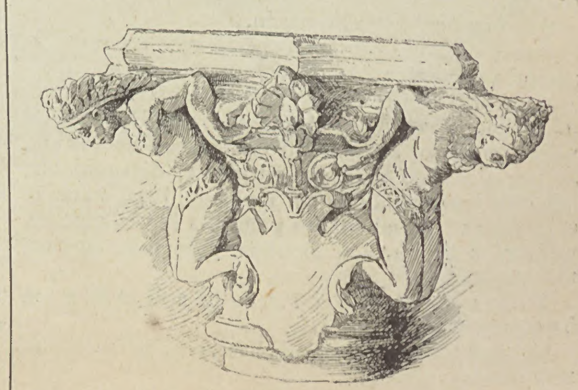
Tal es el monumento, sumariamente descrito. Se le ha comparado ya con el de Barcelona, suponiéndose que lo supera con su *sublime sencillez*, hermosa frase á mi juicio de las más vacías de sentido. Cuando esté terminado, puesto que ahora sólo se eleva hasta la altura de las proas de las naves colombinas, veremos mejor que sobre el papel el efecto que produce y podremos juzgar la obra artística donde debe ser siempre censurada, es decir, dentro de su marco, en el lugar donde ha de perdurar y en vista del objeto que su realización ha perseguido. En tanto, es inútil divagar haciendo comparaciones que á pesar de la buena voluntad podrían resultar perjudiciales.

Digamos todavía cuatro palabras acerca la construcción y el estado actual del monumento. Ciento cincuenta operarios están ocupados en sus obras, que no han avanzado con la rapidez que sería de desear por causas enteramente ajenas á la buena voluntad del arquitecto director. Más de una vez he visto á éste en Madrid, desesperado ante la indolencia ó la imprevisión oficial que á lo mejor le dejaba sin fondos para seguir los trabajos. Otras dificultades de carácter oficinesco se han unido á la anterior, y el resultado ha sido que al inaugurarse el día 3 del corriente las llamadas fiestas de Huelva, y acudir todo el mundo oficial y las representaciones de Europa y de América á conmemorar en Palos el aniversario de la salida de Colón, en vez de un monumento acabado han podido ver sólo un andamiaje que rodea su tercera parte laboriosamente levantada. Un mes y medio falta para la terminación de las fiestas, y cuando de los días 7 al 12 de octubre próximo vuelvan á juntarse en Huelva las delegaciones nacionales y extranjeras para asistir al noveno Congreso de Americanistas que se reunirá en el mismo convento de Santa María de la Rábida, mucho dudo que puedan ver terminada la obra. Lo haría sin duda alguna el genio de Velázquez, pero se lo impedirán, si no se evita por quien debe y puede hacerlo, la incuria y la inercia de nuestras gentes, poco dadas, no ya á precipitaciones, sino á hacer las cosas en el debido tiempo.

Todo el monumento es de mármol blanco, extraído de la cantera de Fuente Heridos en la misma provincia de Huelva. Sólo la cruz, el globo, la corona, el capitel y algunos elementos decorativos de la columna serán de bronce dorado, y se fundirán con metal de las vecinas minas de Riotinto en los establecimientos que el Estado sostiene en Sevilla.

Impuesto por el gobierno el sitio donde se erige este monumento, se ha sacado de él el mejor partido posible. Aparte de su respetable altura de 62 metros y medio, se ha elevado el terreno sobre que descansa, situándolo en una plataforma de seis metros de altura, á la que dan acceso tres anchas escalinatas. En su contorno se formará un jardín con plantas y árboles tropicales, hace tiempo reclamados á América y al afamado jardín botánico del valle de la Orotava en Canarias. El lugar es hermoso, como es espléndido el panorama que se desarrolla á la vista, que por la mar alcanza toda la costa de Huelva con las rientes villas de Palos, Moguer, San Juan de Pie de Puerto, el faro de Chipiona y la misma Cádiz, mientras que por la espalda domina el horizonte hasta las sierras de Riotinto y Aracena.

A pesar de ello, una duda me asalta sobre la opor-



Detalle del capitel

tunidad del sitio para un monumento de esta clase, emplazado fuera de todo centro de población y en lugar destinado á quedar poco menos que desierto cuando acaben las actuales fiestas. ¿Por qué no haber lo construído en Huelva? ¿No es el monumento público como la lápida sepulcral ó el mausoleo, que parecen dedicados á cumplir un fin cerca de la persona en cuya memoria se erigen? ¿A quién servirá de recuerdo ni de enseñanza la colosal columna que pocas gentes han de ver y que escasos viajeros han de ir á visitar?

Eduardo Toda

ARTE, AMOR Y MISERIA

Madrecita mía
de mi corazón,
que se me va el alma
tras del batallón.
(*El sargento Federico*)

A altas horas de la noche recorre las calles de Madrid una infeliz mujercita que implora la caridad cantando trozos de zarzuelas del repertorio que hoy se llama antiguo y que debería llamar se *bueno*, para diferenciarlo de las del repertorio moderno.

Por necesidad y por hábito acostumbro á retirarme tarde. No hace muchas noches oí por vez primera la atiplada voz de la mendiga, que con paso lento caminaba por la calle del León, cantando un trozo de *Marina*.

La impresión que me produjo, lo confieso, no fué de lástima, sino de risa. La pobrecilla cantaba tan mal, desafinaba de tal manera, que apresuré el paso para que mis oídos se vieran libres lo más pronto posible de aquel atentado al arte divino.

Si el maestro Arrieta llega á oirte, pensé, quizás se duela de haber escrito su inspirada obra.

Transcurrieron algunas noches, y por segunda vez encontré á la artista callejera. En el momento en que pasaba junto á ella emitía las últimas notas de aquel trozo que dice:

Al ver que mi esposo
la quinta dejaba
un hondo suspiro
partió de mi alma,

que no estoy muy seguro, pero creo recordar que es de *El Juramento*. Terminada su canción, murmuró: «Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo...» Calló, se detuvo, sin saber por qué me detuve yo también y me pareció oir que decía: «No, no: el Señor no puede estar contigo.»

Fuí á preguntarle por qué interrumpía la salutación á la Virgen con aquella herejía; pero no llegué á modular palabra alguna. La mendiga continuó su marcha interrumpida y comenzó á cantar: «Madrecita mía, de mi corazón...» Habré oído mal, me dije, y seguí mi camino sin dar á la pobre ni un perro chico, con el que cree mucha gente que compra su sitio de preferencia á la derecha del Altísimo.

Me alejé con paso rápido, y al ir á doblar la esquina de la calle en que nos hallábamos la mujercita y yo, oí: «Que se me va el alma tras del batallón.»

Un fuerte sacudimiento nervioso recorrió todo mi cuerpo.

Sentí angustia en el corazón.

Jamás cantante alguno despertó con su voz una parecida sensación.

¿Qué había en la voz de aquella mujer? ¿Un quejido, dolor agudísimo, lágrimas, recuerdos? ¡Qué se yo! No cantaba, aquello no era cantar. Su voz era, ¿y por qué digo era?, es estridente, desagradable; mis oídos protestaron, y sin embargo, llegó hasta el alma algo triste, muy triste y dulce á la vez, algo semejante á la emoción artística, pero más intenso, más profundo.

Yo he oído cantar á la Patti y he aplaudido y me he entusiasmado.

Oí cantar á Gayarre, y muchas veces hubiera querido darle un abrazo.

La cantante callejera no produjo estos entusiasmos, pero me hizo llorar con el llanto más verdadero de todos, el que deja secos los ojos.

Retrocedí en busca de la mendiga, puse en su mano una moneda y le pregunté:

—¿Qué recuerdo despierta en usted eso que canta, señora?

—¿Por qué me hace usted esa pregunta? ¿Me ha reconocido usted acaso?, me contestó la mujercita.

—¡Reconocerla! No, señora.

—Es verdad, no puede ser. Por la voz adivino que es usted joven. No es usted de mis tiempos.

—Si yo suplicara que me hiciera usted una merced, ¿accedería?

—Sí, señor; ¿cómo no ha de acceder la mendiga que recibe la mejor de las limosnas? Me trata usted con dulzura, me llama usted señora... Tome usted, añadió devolviéndome la moneda que antes le diera, no puedo agradecerle limosna pequeña, no tengo agradecimiento bastante para la *otra*.



EL NATURALISTA, dibujo de D. Mariano Fortuny

—Sus modales, sus manera de expresarse, todo contribuye á aumentar mi curiosidad, dije.

—¡Ah! ¡Es curiosidad!, repuso con acento de amargo dolor. Déjeme usted que siga pidiendo limosna.

Y se dispuso á continuar su camino.

La obligué á detenerse asiéndola dulcemente por un brazo.

—No me ha comprendido usted, señora, y lo siento por el daño que puedo haberla causado. No es mera y necia curiosidad, es el interés que inspira la desgracia y el sufrimiento, y mi súplica es porque adivino...

—Sí, interrumpió la pobre mujer, he sufrido mucho.

—¿Quiere usted consolarse contándome sus penas? El referirlas por lo menos las alivia.

—Cuando el que las oye es capaz de comprenderlas.

—Y no cree usted que yo...

—¡Ay, no lo sé! Perdóneme usted si le ofendo. Me han hecho tanto daño... pero también yo lo hice; no fuí buena; pero el castigo ha sido muy cruel, mil veces mayor que mi pecado.

Guardó silencio durante largo rato. Recordaba, sin duda, su pasada vida; y respeté su silencio, que tenía cierta solemnidad.

De pronto tendió hacia mí una mano descarnada y fría que cogí entre las mías y pude ver que era fina y delicada, como de persona que nunca se ha dedicado á trabajos rudos ni á bajos menesteres.

Aquella mano pequeña y suave apretó las mías, al mismo tiempo que su dueña me dijo:

—Lléveme usted á algún sitio donde podamos hablar. Es usted joven y tal vez aproveche á alguien que conozca usted mi historia.

Cerca del sitio en que nos hallábamos había una buñolería.

Entramos en ella y la mujercita habló de esta esta manera:

—¿Recuerda usted haber oído citar alguna vez á una tiple de zarzuela á quien llamaron *la Rosario Gómez*?

—Sí, señora; y sé que fué en sus tiempos la más aplaudida y celebrada.

—Sus tiempos fueron los míos. Yo soy *la Rosario Gómez*. Sépalo usted y prométame no decirlo; podría hacerse público. Posible es que se me compadeciera y los artistas y la prensa intentaran hacer algo en mi favor, y no quiero que se compadezca á la Rosario Gómez, quiero que su sombra viva de los cuartos que la dan los transeuntes, unos por hábito, otros riéndose de mis desafinaciones y de mi voz cascada, y por verdadera caridad los menos, pocos, muy pocos. Quedé huérfana de padre, siendo casi una niña. Había recibido una educación bastante completa; tenía buena voz y vocación muy decidida por el arte, y contra la voluntad de mi madre me dediqué al teatro. Al morir mi padre, nuestra situación era bastante angustiosa; cedió por esto mi madre, y con gran satisfacción mía y merced á mi trabajo artístico pasamos de un estado muy cercano á la miseria á otro de desahogo y hasta de opulencia. Aunque le parezca á usted imposible era yo entonces hermosa, muy hermosa. ¡Cuán pronto las penas dieron muerte á aquella hermosura, y cómo su cómplice, el tiempo, dió nacimiento á la fealdad! No extrañe usted que hable de esto, y aún me conduela y suspire por mi perdida belleza, ¡al fin soy mujer! Joven, hermosa y artista de teatro, no desprovista de talento, según decían, claro es que no habían de faltarme pretendientes. Oía yo con agrado, pero sin que nadie lograra interesarme, los ofrecimientos de fortuna que unos me hacían, los juramentos de amor de otros y las galanterías y necedades de muchos. Mi único amor, mi única pasión era entonces el arte. Un papel nuevo en el que yo creía que había de distinguirme me ponía loca de alegría. Mi reputación como artista *zarzuelera* llegó á su punto más alto cuando canté *El sargento Federico*. ¡Cuántos aplausos conquisté! ¡Con qué placer leía los diarios que me prodigaban elogios! Ninguna tiple había interpretado aquel papel con tanta gracia, con tanta maestría, con tanto talento como yo. Así lo decían los papeles de aquella época. Mi ambición no estaba satisfecha sin embargo. Ansiaba más, mucho más: quería dejar de ser *zarzuelera*, como á mí misma me llamaba con cierto desprecio. Pisar la escena del teatro Real. Cantar una noche el papel de la graciosa y picaresca Rosina de *El Barbero*, y al siguiente el de la desdichada Desdémona ó de la perversa Lucrecia. Y en todos los géneros había de brillar. ¡Ay, dulces sueños míos, cuán poco faltó para que dejaseis de serlo y llegarais á la realidad! La crítica y mi maestro de arte me alentaron; estudié con entusiasmo y sin descanso, y al fin me hicieron proposiciones que acepté para ir al teatro de la *Scala* de Milán. Ocurrió esto á fines del invierno del año cincuenta y tantos. Al siguiente iba ser mi estreno como cantante de ópera. Por entonces comenzó á enamorarme un joven, hijo de una familia aristocrática. Suponga usted que se llamaba Jaime. De todos mis pretendientes, Jaime fué el único que logró despertar en mí cierta simpatía. No se la manifesté, sin embargo, porque comprendí que la posición de su familia era tan alta que sus



UN MATÓN, cuadro de D. Manuel Correa



MAJA, escultura de D. José Campeny

propósitos respecto á mí no podían ser muy santos. A pesar de estar habituada á la ficción por mi carrera, no debí ser gran cómica en la vida real, y si pretendí fingir indiferencia, no lo logré, puesto que Jaime no desistió de sus pretensiones amorosas. Acortaré el relato de esta época de mi vida para no cansarle y porque su recuerdo aún me duele. El verano anterior del año en que debía debutar en Milán, no quise admitir contrata alguna y fuí á descansar á unos baños en Guipúzcoa. Allí encontré á Jaime. Mi estreno en Milán no pudo realizarse. En la lucha entre el amor y el arte venció el primero. Tenía yo 20 años, Jaime 27 y era muy guapo y muy ducho en lances de amor. Durante algún tiempo la alegría de ser amada y los inefables placeres de la maternidad relegaron al arte á los más escondidos parajes del olvido. No puedo asegurar si fué maldad de Jaime ú obediencia á su familia; pero sí aseguro que cuando se separó de mí por primera vez desde el comienzo de nuestros amores, creí morirme. María, mi hija, nuestra hija, tenía ya 3 años. Con una encantadora gracia infantil cantaba una infinidad de trozos de zarzuela que yo la había enseñado. Jaime, su padre, era capitán de caballería. Con él recorrí varias poblaciones de España, á las que fué destinado su regimiento. Nos hallábamos en Valladolid, fué trasladado su regimiento á Madrid, y como aquí se hallaba su familia no quiso traerme, pero me prometió que no tardaría en reunirse á nosotras. El día en que nos separamos, en el momento de la despedida, Jaime, dando muchos besos á su hija, le dijo: «Anda, niña, cántame algo para que te oiga por última vez.» ¡Por última vez dijo, sí; y fué la última! La niña cantó con esa media lengua tan dulce para las madres:

«*Madlecita* mía
de mi *colazón*
que *se* me va el alma
tlas del *escuadlón*.»

Modificaba María el último verso, porque así me lo había oído cantar á mí cuando, para agradar á *mi* Jaime, cantaba esta canción. ¡Se fué Jaime, y para siempre! ¡No le he vuelto á ver! Mi amor y mi orgullo eran demasiado grandes y no me permitían mendigar lo que de derecho se me debía. Entonces no quería mendigar amor, y hoy... Volví á pisar las tablas, pero mi voz había perdido mucho. El público de Madrid se había olvidado de mí. Fuí *zarzuelera* y de provincias. Trece años viví corriendo de teatro en teatro, pasando miserias, pero feliz porque tenía á mi lado á María, á la hija de mi Jaime. Un día, estando en Ciudad Real, se fugó María con un hombre viejo y casado, pero muy rico. ¡María, mi María! ¡Y yo la amaba tanto! ¡Cómo pudo ser tan infame! Mientras fué niña mi hija, rezaba yo con gran fervor la oración: «¡Dios te salve, María!,» y sin embargo, el Señor no quiso *salvar* á la mía. El Señor no está con ella, no. Después mi historia es la historia de la miseria. Llegué á cantar en el coro y también me echaron; decían que entristecía al público, que mi voz era lacrimosa. ¡Cómo querían que fuera! Ya sabe usted mi historia, ahora ¡adiós! No me dé usted nada, no me hable, no me consuele; sólo un favor le pido: sáqueme usted de aquí, lléveme á la calle, no veo.

—¿Se siente usted mal?, la pregunté.

—No, me siento bien.

—Como decía usted que no ve, creí que se habría mareado.

—¡Ah! Es que no ha notado usted que soy ciega.

. . . .

Lector amigo, la cieguecita de mi cuento existe y pide limosna á las altas horas de la noche cantando: «Madrecita mía,» etc.

La encontré una noche y me imaginé que una historia como la que acabo de referirte pudiera ser la suya.

Si no es esta, será otra, quizá más interesante.

Sea lo que sea, es la historia de la miseria.

Si con este artículo consigo que alguien al verla se compadezca y la ampare, no habré perdido el día.

RICARDO REVENGA

BOCETO

EL CONGRESO DE LAS PIEDRAS

En orden del general *concierto*, según unos, ó *desconcierto*, según otros, dejando la solución á gusto del consumidor, lo averiguado es que las piedras, llevadas del espíritu de imitación, quisieron constituirse en otro brazo del Estado, formando un nuevo poder, ó sea otra rueda de engranaje, con su correspondiente asamblea.

Cundió el pensamiento: entre lo más granado y caracterizado empezaron las rebuscadas y casuales entrevistas, se cambiaron impresiones, se celebraron conferencias... y sobre la ancha base de la atracción se llegó á ciertos acuerdos preliminares. Y ampliado el círculo concurrieron á la cita el diamante, el rubí, la esmeralda, el zafiro, el topacio, la amatista, el granate, el ópalo, la ágata, la malaquita, el pórfido... todas, desde las más finas y preciosas hasta las más comunes y bastas.

Presentáronse rebosando ilusiones, cargadas de proyectos, rellenas de esperanzas. Mas como era preciso proceder con algún orden, se nombró un presidente de edad, el pórfido, y una comisión nominadora compuesta de escogidos ejemplares, de basalto, de ónix y cornalina; la cual para ocupar la presidencia propuso á un magnífico diamante del tamaño de una castaña, y con tino y prudencia, para el desempeño del cargo de secretario indicó al pedernal, como piedra adecuada para recibir golpes y saltar chispas. La asamblea las aceptó con entusiasmo, y quedaron nombradas por aclamación.

Acto continuo y todas á la vez pretendían lucir sus oratorias predisposiciones, abriendo las válvulas á su facundia, improvisando discursos y peroratas.

La presidencia agitó la campanilla, refrenando aquel desborde parlamentario, llamando al orden, dirigiéndoles una arenga á la altura de las circunstancias, que los taquígrafos arreglaron después, presentándola potable... «¡Señoras y señores! ¿De qué se trata... mejor dicho... á qué estamos aquí? ¡Por la dignidad del congreso no puedo permitir semejante algazara! Procedamos como es debido en asuntos graves y ventilando las trascendentales cuestiones de nuestro porvenir. La Europa civilizada tiene fijos aquí sus ojos; mucho espera de nosotros, no debemos defraudar sus esperanzas. A seguir de esa manera, esto será un mar levantisco. Se debe empezar por pedir la palabra, subdividirnos en comisiones, ponencias, turnos y orden del día. Además de eso, es esencialmente preciso un voto de confianza al presidente, para que, según su leal saber y entender, proceda en consecuencia, y en caso necesario corte por lo sano, como el caso requiera. ¿Se aprueba la proposición? Las que permanezcan sentadas la aprueban. – Aprobada por unanimidad.» Con frases de relumbrón, el presidente dió las gracias, quedando *tutti contenti* y á medio cerrar la válvula de aquella evaporación parlamentaria; algo encarrilada la discusión se trató de *hacer país*, porque ya se les había metido en el chirumen la fraseología especial del parlamentarismo.

El rubí, en uso de la palabra, con voz clara y vibrante como sus destellos, propuso trazar una marcha franca, derogar cuanto al nuevo orden de cosas se opusiera, elaborar una ley fundamental, jurando cumplirla, respetarla y defenderla con vidas y haciendas y obligando al juramento á todo bicho viviente: la igualdad ante la ley; el orden y la economía; la nivelación de los gastos con los ingresos, y un dique de acero á los despilfarros, y verdadera administración.

Con atronadores aplausos y entusiasmo inaudito se aprobó y acordó de conformidad; considerando al perorante como el primer orador del congreso, y que sabría ponerle el cascabel al gato.

Previas las formas y fórmulas que aquella maquinaria requería, se le dió impulso y se puso en juego.

Cada parte alícuota de aquel conjunto expuso sus méritos y su importancia, y la abnegación en servicio de la patria; pero al mismo tiempo, y con el buen deseo de prestar mayor utilidad, parecía tratasen de repartirse las tajadas como en merienda de negros.

Desde un rincón salió una voz débil y temerosa como la misma duda... era una modesta piedra de un pardo muy obscuro, casi negro... «Me parece deberíais hacer de mí mayor caso: á todas se os vende ó se os cambia por el oro, y sin mí se duda de su ley: yo soy la piedra de toque, en términos que sin mi *pase* no *pasa*.»

A salida tan extraña y al mismo tiempo ante una alegación de mérito fundado, se resolvió proceder en justicia, consignando en acta la pretensión y que se tendría presente.

Desde otro extremo de la sala, un objeto, á primera vista inconcebible, con destemplada voz, gritó: «¡Yo soy la piedra del siglo!; esa piedra en vano buscada por los alquimistas, en cuyo empeño, sin dar pie con bola, aquellos buenos varones se quemaban las cejas y se desesperaban; y hoy, sin un átomo de ciencia, cualesquiera cuatro amigotes saben producir. ¡Justicia, y caiga el que caiga!»

Con una explosión de risotadas se respondió á la reclamación de aquel compadre, que por intruso pensaron echarlo de la sala; mas antes se le preguntó con qué título tomaba vela en la procesión; contestando amostazado, que «¡con el de la piedra filosofal!»

Declarado por los peritos que el papelucho aquel era un legítimo billete de Banco, hubieron de reconocer que aquello no representaba allí un papel, sino una pasta ó piedra, oro en fin; y por lo tanto, era atendible su justa reclamación.

Apenas salidas de su estupor y sorpresa, deliberando con un papel que no era papel, y con un metal que no era metal, siendo y no siendo á la vez las dos cosas... resonó en el recinto un estentóreo chillido, un rumor imponente, entre grito y como amenaza, rodando hasta el centro de la sala un pedrusco, el cual sin pedir la palabra ni esperando turno rompió con semejante filípica: «¡Qué méritos, ni pretensiones pueden compararse ni prevalecer

á lo que yo valgo! ¡Qué piedras filosofales, ni todas esas zarandajas de requisitos, y formas, balumbas de peroratas y discursos, ni leyes fundamentales! ¡Yo poseo el gran secreto de lo del *alza* y la *baja!* ¡Al menor movimiento mío la Europa toda se alarma y estremece, como temblaba el Olimpo al arquear las cejas Júpiter! Vosotras sois las primeras que os escondéis asustadas... y lo mismo chorreo miserias que riquezas... dando al traste con congresos y congregados, con cámaras y camarillas! ¡Soy la indispensable!... ¡¡Soy el adoquín!!... ¡¡¡He dicho!!!»

El congreso, temiendo que su señoría adoquina, de lo cual era muy capaz, apelase al indicado y práctico argumento, se quedó con la boca abierta, gachas las orejas y aplastadas las narices como si se les hubiese dado en ellas con una *pavía* de á puño. Pasado el primer momento de estupor, recurriendo á triquiñuelas de forma y de fórmula, se protestó de la audacia con la que intentaba imponerse la fuerza bruta.

El adoquín erre que erre; que para él nada valía eso de formas y fórmulas... que la cuestión era ceñirse al fondo de las cosas, á lo práctico, á lo de resultados positivos y á nada más: ó á las buenas, ó á las malas, y fuera músicas... ó se le atendía, ó saltaba con todos los suyos.

En fin, ¡que se armó la gorda!

De la discusión aquella brotaron insultos y amenazas; á los primeros tirones el billete de Banco quedó hecho trizas; á cada codazo, cachete ó bofetada se estremecía el laboratorio de las leyes y temblaba la soberanía parlamentaria; hubo tremendos apretones en los pasillos, resbalones y tumbos en las salas, rodaron por el suelo los ugieres, el presidente y la campanilla... la que no daba pronto con la puerta saltaba por la ventana... y aquel congreso acabó, como no podía menos de suceder... ¡á pedradas!

JUAN O-NEILLE

SECCIÓN AMERICANA

EL TESORO ESCONDIDO

POR NATANAEL HAWTHORNE

(Continuación)

El padre del Pedro actual tuvo fe en la historia, y dispuso que se hiciesen excavaciones en el sótano. En cuanto á nuestro héroe, siempre consideró la leyenda como una verdad incontestable, y en medio de sus afanes y cuidados le halagó la dulce esperanza de que, á falta de otros recursos, podría rehacer su desmoronado caudal echando abajo la casa. A pesar de esto, no me explico por qué, si creía Perico á puño cerrado en el tesoro, no practicó antes todas las diligencias conducentes hasta dar con él.

Pero sea esto lo que quiera, había sonado la hora crítica de poner manos á la obra; porque si retardaba un poco el hacerlo, se exponía á quedarse sin la casa, y quedándose sin ella, ¡adiós tesoro!, que continuaría escondido ó pasaría á manos extrañas.

– ¡Sí!, exclamó de nuevo; mañana empiezan los trabajos por el sotabanco.

Cuanto más profundizaba la materia, más se convencía de los felices resultados que iba á obtener. La próvida naturaleza lo había dotado de un humor tan elástico, que hasta en la vejez rivalizaba en ilusiones con el joven más visionario. Así fué que, animado por mil halagüeñas esperanzas, se puso á dar brincos y saltos como un diablillo por la cocina, y en el paroxismo de su entusiasmo, llegó al extremo de coger de las manos á Tabitha y de bailar con ella largo rato, hasta que los estrafalarios movimientos de la viejecita, dolorida de reumatismo, le hicieron lanzar una carcajada, que repitieron los ecos de todas las habitaciones de la casa.

– Mañana, al salir el sol, repitió cogiendo una bujía para ir á acostarse, veré si el tesoro está en las paredes del sotabanco.

– Y como estamos tan escasos de leña, dijo Tabitha respirando con dificultad de resultas de la gimnasia que había hecho, yo aprovecharé la madera para el fuego.

¡Qué sueños tan magníficos tuvo Pedro aquella noche! Soñó primero que abría una puerta parecida á la de un sepulcro, pero que una vez de par en par dejó ver una cueva donde estaba el oro amontonado como trigo en granero. Había también platos, soperas, cubiertos y campanillas de oro ó de plata cincelados, sin contar infinidad de cadenas y otras alhajas de valor incalculable, si bien estaban tomadas de humedad; porque Pedro, en aquel solo rinconcito, descubría cuantas cosas perdieron los hombres desde los principios del mundo hasta aquella hora.

Luego soñó que al volver á su casa, tan pobre y abatido como siempre, lo recibió en la puerta un hombre flaco y canoso, que hubiera podido tomar por su persona misma, á no ser por su vestido. Pero la casa, sin perder su antiguo aspecto exteriormente, se había transformado por lo interior en un palacio de metales preciosos: suelo, techo y paredes eran de plata bruñida; las puertas, ventanas, cornisas y peldaños de la escalera, de oro puro; las sillas, de plata con filetes de oro; las cómodas, de oro con tiradores de perlas y pies de plata mate; las camas, de oro con las colchas de tisú de lo mismo, y las sábanas, de hilo de plata. A no dudarlo, la casa debía de haber sido transformada de repente, pues conservaba todos los signos distintivos de la primitiva; sólo que la plata y el oro sustituían á la madera. Las iniciales P. G. campeaban de relieve por todas partes, pero siempre de oro. Perico hubiera sido perfectamente feliz aquella noche, á no ser por la circunstancia de que siempre que se volvía para mirar las habitaciones de la casa perdían su brillo y magnificencia, tornando á su primero lastimoso estado.

Perico lo hizo como lo dijo: á la mañana siguiente tomó un hacha, un martillo y una sierra, y subió las escaleras. Cuando subió al sotabanco un rayo de sol se abría paso á través de la claraboya que le servía de ventana, y por cierto que un filósofo hubiera tenido muchas y muy grandes cosas que decir y amplísimo campo para desplegar su sabiduría especulativa en aquel estrecho, bajo y empolvado zaquizamí, donde las telarañas, lagartijas y ratones habían establecido su cuartel general.

Un sotabanco es el limbo de las modas pasadas, de las bagatelas que sólo han vivido un día, de todo aquello que sólo tuvo mérito para una generación y que se relega allí apenas esa generación deja de existir, no para conservarlo, sino para que no estorbe en otra parte. Pedro encontró muchos libros de cuentas encuadernados en pergamino, en los cuáles acreedores muertos y enterrados hacía largos años apuntaron los nombres de deudores muertos y enterrados también; descubrió casacones antiguos, pero tan maltratados de la polilla, que se quedaban entre los dedos (de no ser así, Pedro se los hubiera puesto); vió también una espada mohosa, no una espada militar, sino de vestir, una de esas espadas inocentes, esbeltas, vírgenes, que usaban nuestros abuelos y que no lucían la hoja con ningún motivo; más lejos bastones de veinte clases distintas, pero ninguno con puño de oro; zapatos de muchas hechuras, peroninguno con hebilla de plata guarnecida de piedras preciosas; más allá un gran cajón lleno de ropa, enfrente, sobre una tabla, multitud de botellas y cacharros con restos de pócimas de botica, que se habían traído allí del cuarto mortuorio después que la parte principal obró sus efectos en los antepasados de Perico, y finalmente, para no ser prolijos, se divisaba en un rincón un fragmento de espejo muy empolvado, que á causa de esto reproducía los objetos dichos de modo que los hacía parecer más viejos.

– ¡Buenos días!, gritó Tabitha, que iba subiendo la escalera; ¿hay unas rajitas de leña para encender el fuego?

– Las habrá, que es lo mismo; aguarda.

No bien hubo dicho estas palabras emprendió su obra destructora, embistiendo á un tabique de tablas tan furiosamente que á pocos golpes dió con él en tierra, en medio de una nube de polvo y de un estrépito infernal.

– ¡Qué bien vamos á calentarnos este invierno!, dijo Tabby llevándose lleno el delantal de pedazos de madera secos como la yesca.

Una vez inaugurados los trabajos, Pedro prosiguió derribando todo cuanto halló al paso, hendiendo y desbaratando tabiques, pilastras y cornisas, desmenuzando puertas, arrancando clavos, levantando pavimentos, y sobre todo haciendo mucho ruido de la mañana á la noche. Sin embargo, se abstuvo de tocar á los muros exteriores para que los vecinos de la calle no advirtiesen lo que ocurría.

Al concluir aquel día su afanosa tarea, exclamó:

– Luego que dé con el escondite, voy á dedicarme á la joven más bella de Boston y á ganar su corazón. ¿Qué mujer podrá resistirme?

Y Perico se frotó las manos.

Ya hacía mucho tiempo que Pedro no frecuentaba las oficinas de seguros, ni los gabinetes de lectura, ni los círculos, y como tampoco se le echaba de menos en las reuniones de familia, no salía de casa por las tardes y acompañaba en la cocina á Tabitha, al lado de la chimenea, que con los derribos del día chispeaba por la noche que era un primor.

Pedro se sonreía lleno de júbilo, y Tabitha era la personificación del contento en la vejez. Este conjunto ofrecía por lo tanto el emblema de las inmensas riquezas que había de proporcionar á sus habitantes la ruina de la casa.

Mientras que la madera iba quemándose con un ruido semejante al que producen los triquitraques, Pedro miraba el fuego; pero no bien cesaba el chis-



EN DESGRACIA, cuadro de Francisco Eisenhut

COMIDA DE CAZADORES, cuadro de G. E. Quadrone



LA BENDICIÓN DE LAS PALMAS EN OLOT, cuadro de D. Laureano Barrau, grabado por Sadurní

porroteo y le sucedía el silencioso arder de las brasas y el verdadero calor, sentía fuertes impulsos de hablar. Una noche, por centésima vez, instó á Tabby para que le contase alguna cosa de su bisabuelo.

– ¡Cuántas cosas no sabrás tú, Tabitha, de mi bisabuelo al cabo de cincuenta y cinco años que vives en la casa! ¿No me dijiste una vez que el día de tu llegada aquí encontraste á una vieja sentada en ese rincón, y que esa vieja había sido ama de llaves del célebre Pedro Gothdwaite?

– Mucho que sí, y tendría por cierto muy cerca de cien años. Más de una vez me dijo que había pasado sabe Dios cuántas tardes al amor del fuego en compañía de su amo, sobre poco más ó menos como nosotros ahora.

TRADUCIDO POR D. JUDERÍAS BÉNDER

(Continuará)

MISCELANEA

Bellas artes. – El célebre historiógrafo alemán Gregorovius, hace poco fallecido, legó á su ciudad natal, Neidenburgo (Prusia oriental), además de la suma de 75.000 pesetas y de todos sus derechos de propiedad sobre sus obras, una numerosa colección de cuadros de gran valía.

– En Brunn (Austria) se ha inaugurado recientemente el monumento construído en honor del famoso poeta Grillparzer por iniciativa de la Asociación de periodistas y escritores de Moravia y Silesia: sobre un esbelto zócalo de piedras de distintos colores está colocado el busto en bronce del poeta, tomado del retrato que de éste hizo el pintor vienés Dafinger, aunque algo más envejecido, pues la pintura lo representa en su juventud. Los autores del monumento son los escultores Tourola y Brenck, de Brunn.

– Se ha inaugurado en Maguncia una Exposición del Arte cristiano. La primera sección (arquitectura) contiene proyectos de templos y altares que han merecido premios en concursos; la segunda (pintura) comprende hermosas obras del arte antiguo y moderno, figurando en ella notabilísimos lienzos de las antiguas escuelas española é italiana facilitados por la ciudad de Francfort. En la sección de orfebrería se admiran preciosos objetos de los siglos X, XIII y XV, y en la de ornamentos, tejidos y bordados hay expuestos los más ricos y raros ejemplares de las iglesias y conventos de Alemania. Comprende además la exposición labores de talla, en madera y marfil, pinturas sobre cristal, entre ellas ventanales de las célebres fábricas de Innsbruck, mosaicos, obras de cerrajería artística, bronces, libros, monedas, etc., etc.

– Durante el primer trimestre del presente año ha adquirido el Estado para el Museo nacional de Berlín el busto en mármol de Bismarck, de Begas, y una porción de estudios al óleo, pasteles, acuarelas y dibujos de Gentz, Wisnieski, Stauffer-Bern é Hildebrandt, todo por la suma de 21.781 pesetas.

– El Museo británico de Londres se ha enriquecido con una interesante colección de dibujos de maestros alemanes y holandeses, entre los cuales sobresalen muchos trabajos auténticos de Lucas Leyden.

– La Exposición de obras de propiedad de particulares que actualmente se celebra en Dusseldorff es tanto más interesante cuanto que su arreglo y disposición han corrido á cargo de artistas de tan buen gusto como los pintores Oeder, Volkhar y A. Metzenar. Algunos de los más célebres maestros de aquella escuela, como Knaus, Vautier y A. Weber están representados en esa exposición por tal número de obras que en ellas puede estudiarse perfectamente su completo desenvolvimiento artístico.

– Para adornar el gran salón de la Bolsa de Londres se proyecta colocar en él 24 grandes frescos que, según el plan de los pintores Leighton, Calderón y Poynter, reproducirán los principales hechos de la historia de la capital inglesa.

– En Chambery (Saboya) ha inaugurado el presidente de la República francesa el monumento conmemorativo de la anexión de la Saboya á Francia en 1792: el monumento, obra de los señores Pujol (arquitecto) y Falguiere (escultor), representa una robusta saboyana apretando contra su pecho la bandera de la primera república; en el pedestal se destaca la cruz de Saboya con la corona ducal y alrededor se ven los escudos de las siete principales ciudades saboyanas. La estatua y estos adornos son de bronce y el pedestal de granito. El monumento, cuya altura total es de diez metros, constituye una obra enérgica y sencilla que honra á sus autores, de los cuales M. Falguiere, premiado con la medalla de honor en el Salón de 1868, miembro del Instituto desde 1882 y comendador de la Legión de Honor desde 1889, se ha dedicado desde hace algunos años á la pintura, habiendo expuesto simultáneamente y con gran éxito cuadros y esculturas.

– Se ha inaugurado en Royán (Francia) un sencillo monumento erigido á la memoria del ilustre literato, periodista y orador político Eugenio Pelletán: la estatua (2'30 metros de altura), que se alza sobre un pedestal de 2'50 metros, es digna de hombre tan eminente y ha sido modelada por el célebre escultor M. Aubé, el cual ha representado al insigne pensador en la actitud meditabunda que le caracterizó en vida.

– En Valleraugues se ha celebrado recientemente la inauguración de un monumento levantado en honor del general Perrier, hijo de aquella población, que además de bizarro militar fué insigne hombre de ciencia que se distinguió por sus trabajos de geodesia y astronomía. La estatua, obra del reputado escultor M. Leopoldo Morice, representa al general en uniforme de mediana gala y tiene la mano izquierda apoyada sobre un círculo azimutal y en la derecha un compás: el pedestal, obra de M. Morice, hermano del escultor, contiene la inscripción: «Al general Francisco Perrier, individuo del Instituto y de la oficina de Longitudes, director del servicio geográfico del ejército, presidente del Consejo general del Gard. 1833-1888.»

– En la última Exposición internacional de Bellas Artes de Munich han obtenido medallas de segunda clase los pintores españoles D. Justo Ruiz Luna, de Cádiz, y D. Joaquín Sorolla, de Madrid.

Teatros. – En el teatro Real de la Comedia, de Berlín, se verificó el día 20 de agosto la 200.ª representación de la comedia de Moreto *Doña Diana*.

– La tragedia en cuatro actos que con el título de *Maese Manole* ha terminado recientemente Carmen Sylva, la reina de Rumanía, se pondrá próximamente en escena en el teatro de la Corte, de Coburgo.

– En el teatro Cluny, de París, se ha estrenado con muy lisonjero éxito un vaudeville en tres actos de M. Mauricio Hannequin, titulado *La esposa del comisario*.

– *Barcelona*. El eminente actor señor Noville ha comenzado con brillante éxito la corta serie de representaciones que se propone dar en el teatro El Dorado. En *Kearo*, *La morte civile*, *Le sorprese del divorgio*, *Otello* y cuantas obras ha puesto en escena ha demostrado una vez más ser el actor sin par, que lo mismo entusiasma en el género dramático que en el cómico y en el trágico. El distinguido público que todas las noches llena aquel coliseo no se cansa de prodigar ovación tras ovación al señor Novelli, con quien comparten justamente los aplausos el señor Leigheb y demás actores y actrices de su compañía.

En el teatro Principal comenzará en breve la temporada de otoño é invierno que inaugurará la compañía dirigida por don Ricardo Calvo y D. Donato Jiménez, quienes se proponen estrenar, entre otras, obras de D. José Echegaray y de D. Angel Guimerá.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Cornelio Guillermo Opzoomer, sabio filósofo, teólogo, jurisconsulto, historiador, literato y político holandés.

Francisco Skuhersky, compositor húngaro y director del Instituto para la enseñanza de la música religiosa de Praga.

Carlos Spruner de Mertz, general bávaro, individuo de la Academia de Ciencias de Munich: desempeñó los más elevados cargos militares en el reino de Baviera y se distinguió como historiógrafo-geógrafo, habiendo publicado entre otras obras un *Atlas manual histórico-geográfico*, un *Atlas histórico de Baviera* y un *Atlas histórico-geográfico para uso de las escuelas*.

Constantino Tarnowski, dramaturgo ruso.

Francisco Barzaghi, famoso escultor italiano, entre cuyas principales obras merecen citarse *Inocenza* (primer premio en la Exposición nacional de Turín), *Vanerella*, *Picolo fumatore*, *Psiche* y sobre todo la *Friné*, que es la mejor de todas ellas; de él son también las estatuas de Manzoni, Hayez, Pompeyo Litta y Verdi, que existen en Milán. Su principal obra es el monumento á Napoleón III, que por mezquindades políticas permanece arrinado en el patio de los Archivos, donde acuden á admirarlo cuantos extranjeros visitan aquella ciudad.

Varia. – En el monte Saleve (Ginebra) ha sido encontrada por los obreros que trabajan en la línea férrea una urna con gran cantidad de monedas rarísimas de los tiempos de Conrado el Salio y de la monarquía neo-borgoñona. Los que tal hallazgo hicieron, no sabiendo el valor de las monedas, las regalaron á los niños de una aldea vecina y vendieron algunas al precio de cinco céntimos. Ocho días después, los numismáticos ginebrinos tuvieron noticia del descubrimiento y consiguieron rescatar varias piezas pagándolas hasta á dos pesetas: los montañeses, que ahora empiezan á comprender lo que aquéllas valen piden por ellas precios exorbitantes y se dedican á excavar el terreno donde fué hallada la urna. Según parece, de las 4.000 monedas descubiertas sólo han podido los coleccionistas reunir 1.200, pues los niños á quienes sirvieron de juguetes las tiraron luego de haberse entretenido con ellas.

– En unas excavaciones verificadas en Pritoka (Bosnia) se han descubierto en pocos días 220 sepulturas con esqueletos y numerosos objetos de bronce, ámbar y vidrio, ánforas y urnas de barro, todos pertenecientes á una época prehistórica y muchos de los cuales han sido depositados en el Museo provincial de Serajewo.

– El profesor Wesselowski, individuo de la Comisión arqueológica imperial rusa, ha descubierto en Crimea una sepultura escita primitiva y en ella el esqueleto de un guerrero, junto al cual había carcaj de oro con flechas, una espada de hierro, una lanza, cinco grandes vasijas de barro y una coraza de hierro.

– La célebre Biblioteca Althorp de lord Spencer ha sido adquirida por la suma de 250.000 libras esterlinas (6.250.000 pesetas) por una señora de Manchester, mistres Rylands, quien se propone instalarla en dicha ciudad, donde falleció su esposo, y abrirla al público con el nombre de Biblioteca de Yohn Rylands, para lo cual ha adquirido una gran extensión de terreno en una de las principales calles de aquélla, donde se levantará el edificio. A esta biblioteca se unirán además algunos millares de notables volúmenes, entre ellos la *Biblia Pauperum* de la Biblioteca Borghesi de Roma, que mistres Rylands había adquirido sigilosamente.

NUESTROS GRABADOS

Canción picaresca, cuadro de Otón Lorch. – ¿Qué le cantará el viejo trovador á la agraciada muchacha, que la obliga á taparse un oído con la mano? No será cosa muy indigna de ser escuchada, porque amén de que el calificativo de *picaresca* que el título del cuadro consigna no es de los más duros, la inocente niña no sólo expresa en su semblante un sentimiento muy distinto del rubor ó de la vergüenza, sino que conserva libre el otro conducto auditivo por donde pueden colarse perfectamente los conceptos cantados por el músico, que no puede menos de sonreirse al ver el efecto causado por su canción. La obra del pintor alemán Lorch, además de las relevantes bellezas técnicas que contiene y que se revelan á primera vista en la naturalidad y expresión de las figuras, en los mismos enseres y demás objetos del humilde menaje y sobre todo en el efecto de luz admirablemente entendido, es en alto grado intencionada, aunque sin salirse de los más estrechos límites del buen gusto: es de una malicia inocente, si se nos permite juntar estos vocablos al parecer antitéticos.

El naturalista, dibujo de D. Mariano Fortuny. – Tantas, tan entusiastas y tan justas alabanzas se han prodigado al malogrado pintor catalán; tantas veces hemos tenido en este periódico ocasión de rendir el sabido tributo de admiración á sus obras, que por fuerza hemos de repetir conceptos y reproducir elogios á cada nuevo trabajo suyo que publicamos. Fortuny, el artista que supo combinar en su paleta los más hermosos y atrevidos colores, fué también el que con más corrección, vigor y elegancia manejó el lápiz para dejarnos esa rica colección de dibujos, apuntes y estudios que se aprecian en tanto como sus más celebradas pinturas. Quienquiera que se fije en *El naturalista* habrá de admirar en él esas cualidades que señalamos: en la figura vestida con el casacón que tanto se complacía Fortuny en reproducir, en cada una de las plantas que crecen en ese ameno rincón con tan exquisito gusto compuesto, en el paisaje todo adviértense la delicadeza, la seguridad, la perfección que han valido á su autor el dictado de maestro y uno de los más altos puestos en la historia del arte.

Un matón, cuadro de D. Manuel Correa. – En todos tiempos han existido estos seres envilecidos que, conocidos en Italia con el nombre de bravos y en nuestra patria con el de matones y más modernamente y en ciertos círculos truhanescos con el de barateros, no hay pasión baja que no alimenten, ni vicio por repugnante que sea que no tengan, ni crimen por atroz que parezca ante el cual retrocedan. El valor que les anima no es el que impulsa á nobles y heroicas hazañas, no el que se pone al servicio de una causa justa, no el que hace acometer el peligro frente á frente; es la explotación del desprecio de la vida propia y aún más de la ajena, que mueve á la comisión de los más horrendos delitos, que busca en el crimen la satisfacción de los goces más mezquinos, que acude á la felonía y á la traición para asegurar sus cobardes golpes, que vende su espada ó su navaja al que mejor le paga. Todas estas abominables cualidades se juntan en el matón, y esa perversidad de sentimientos por fuerza ha de traslucirse en los caracteres físicos del que tal profesion adopta: el autor del cuadro que reproducimos ha logrado imprimir en el tipo tan admirablemente pintado esa rudeza, esa ausencia de todo rasgo simpático, esa dureza de corazón reflejada en el semblante, produciendo una obra que revela un perfecto estudio psicológico y un notabilísimo talento artístico.

Maja, escultura en barro cocido de D. José Campeny. – Ya hemos dicho en otra ocasión, recordando el juicio emitido por nuestro malogrado amigo Luis Alfonso, que en la imaginación de Campeny halla albergue siempre lo vivaz, lo ingenioso y lo jovial cual si se hallaran en su propia casa. Basta para convencerse de ello fijarse en las obras de variadísimo género que ha producido. Estudios académicos, obras tan sentidas como inspiradas, donosos bustos femeninos, preciosos grupos de chiquillos en la animación de sus infantiles juegos, animales, etc., cobran forma, adquieren líneas, contornos y expresión entre los dedos y los palillos manejados por este discreto artista.

Campeny modela inspirándose en las corrientes modernas, y como forma parte de la nueva generación, produce desde la escultura correcta á la escultura fina y elegante, propia para embellecer el retrete de la dama aristocrática.

En desgracia, cuadro de Francisco Eisenhut. – La que ayer fué favorita del sultán y reinó como soberana en el harén de su señor, hoy ha caído en desgracia de éste, y atada de manos se ve custodiada y quizás escarnecida por los mismos soldados y esclavos que antes se prosternaran servilmente á su vista, en espera del castigo, seguramente terrible, por el grave delito de haber desagradado á su dueño ó víctima tal vez de alguna intriga de sus envidiosas compañeras de serrallo. Así lo quiere una mal llamada civilización que para vergüenza de Europa subiste todavía en una parte de nuestro continente. Una cosa, sin embargo, hemos de agradecer á esas bárbaras costumbres orientales, y es que, inspirados en ellas, han producido muchos pintores verdaderas obras maestras, como la que reproducimos y en la cual se advierten los mismos primores que en otras pinturas de igual género y del mismo autor hemos observado. Eisenhut es uno de los más ilustres orientalistas de la escuela pictórica alemana, y en las escenas de Oriente ha hallado ancho campo para desplegar su fantasía y demostrar su brillante talento artístico, que han podido ya admirar nuestros lectores en la *Muerte de Gul-Baba* y en el *Titiritero árabe* que publicamos en los números 453 y 507 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

Comida de cazadores, cuadro de G. B. Quadrone. – Un conejo, una perdiz, un ganso y un par de codornices que se ven colgados junto á la puerta son el producto de la caza del día, y aunque este resultado no puede calificarse de extraordinario, no deja de ser suficientemente satisfactorio para que, unido á los trofeos de piezas mayores que en lo alto de la pared están suspendidos, podamos dar el nombre de buenos cazadores á los que Quadrone nos presenta en su cuadro. Es éste una obra bajo todos conceptos notable, en la que el pintor italiano ha hecho gala de muchas y muy diversas aptitudes artísticas, que se patentizan en el acierto con que está dispuesta la composición, en la naturalidad con que están trazadas las figuras y los animales y en la verdad y perfección con que aparecen reproducidos hasta en sus menores detalles la multitud de variados objetos que llenan el aposento en donde la escena se desarrolla.

La bendición de las palmas en Olot, cuadro de D. Laureano Barrau. – Si el laborioso cuanto inteligente artista catalán Laureano Barrau se propuso, al pintar el cuadro que reproducimos, vencer escollos y dificultades de tonalidad, resolver un problema de dificilísima solución, es extremo que ignoramos. Sea cual fuere el propósito del discreto autor del cuadro *Gerona*, 1809, lo cierto, lo positivo es que su última producción revela cualidades no comunes, tenaz empeño y el deseo de adquirir y sostener el honroso título de pintor de escenas rurales de nuestro país, de nuestra región. Basta fijarse en el asunto, tan acertadamente representado en el lienzo, para convencerse que Barrau busca su inspiración en cuanto vive y se agita á su alrededor, en nuestra patria *chica*, que dice Pereda, el eximio novelador.

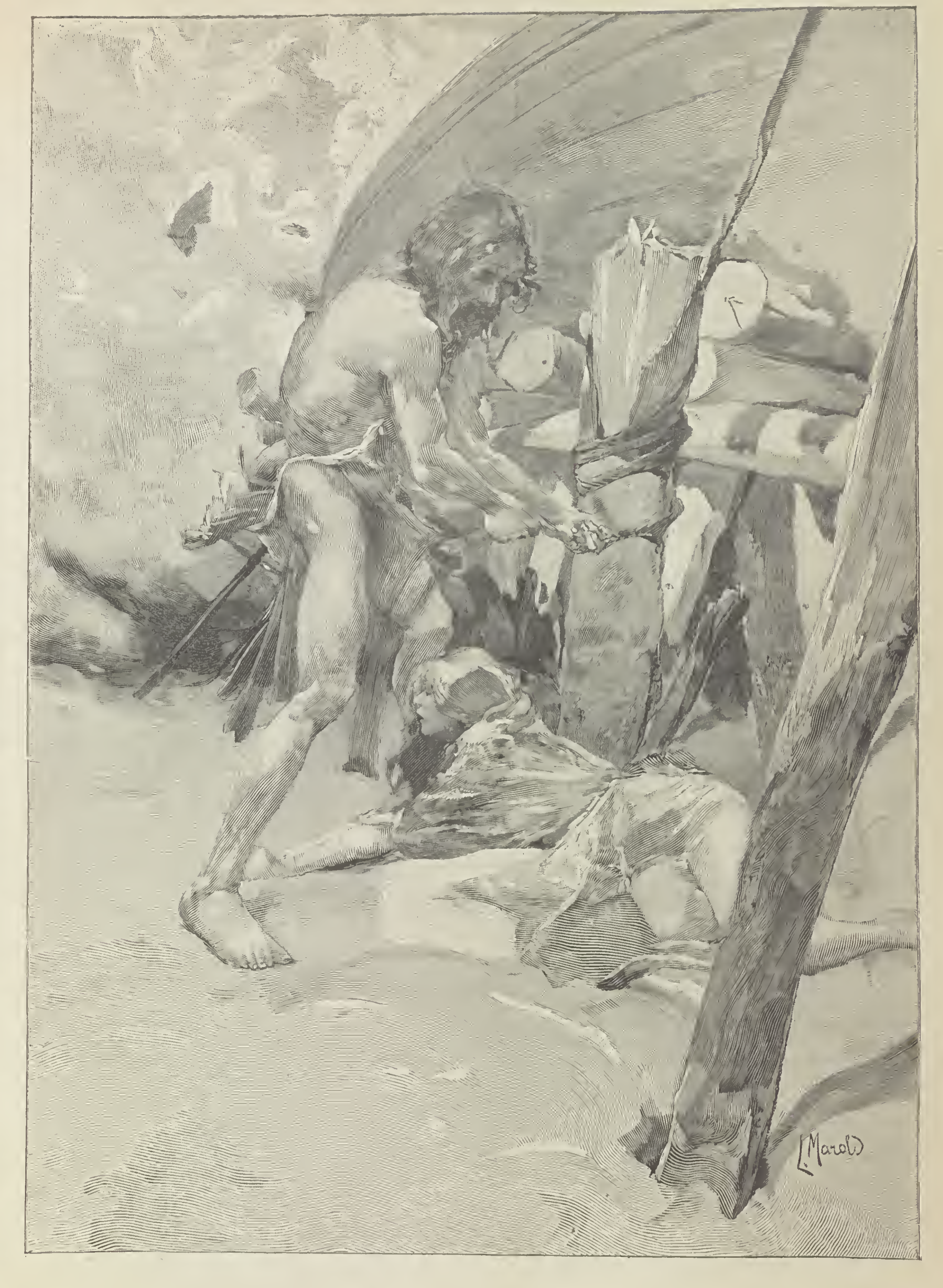
La bendición de las palmas en Olot es una bella composición que honra al joven pintor Sr. Barrau y al arte catalán.

La conversión del duque de Gandía, cuadro de D. José Moreno Carbonero. – No hemos de hacer ahora el elogio de esta magnífica composición pictórica. Desde que su autor la presentó por vez primera en la Exposición nacional de Bellas Artes celebrada en Madrid en 1884, en la que fué premiada con medalla de primera clase, el grabado, la fotografía y la cromolitografía la han dado á conocer en España y en el extranjero, mereciendo en todas partes el más caluroso encomio. Su asunto es también sobrado conocido, por lo cual nos limitamos á decir que no pudiendo LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA prescindir de insertar tan gallarda muestra de pintura histórica, cumple hoy este grato deber uniendo su aplauso á los muchos que por ella ha conseguido el eximio artista.

ARIA

LEYENDA BÍBLICA

POR MEURVILLE. – ILUSTRACIÓN DE MAROLD



Cuando Noé hubo hecho entrar en el arca á su mujer, á sus hijos y á las mujeres de sus hijos, á los animales domésticos y salvajes, á los reptiles y las aves, con las provisiones de boca para él y los suyos, el forraje y el grano necesario para aquéllos y ovejas para los carnívoros, vió que todo estaba completo; y disponíase á subir el puente levadizo que debía cerrar el arca, cuando una joven rubia y maravillosamente hermosa llegó de pronto y se arrojó á sus pies, suplicándole que la salvara con él.

– ¡Vete!, contestó Noé; eres de raza maldita, y nada puedo hacer por ti.

– Señor, repuso la joven, he corrido todo el día para llegar hasta vos; tened compasión de mí. Creo en las desgracias que habéis anunciado; no me rechacéis, os lo suplico de todo corazón.

– ¡Vete!

– Señor, soy inocente de los crímenes de la tierra. Jamás causé daño á nadie. ¿Por qué se me ha de castigar?

– Tu raza ha prevaricado en las miras del Altísimo, y debe desaparecer de la faz del mundo. Nada puedo hacer por ti.

– Seré vuestra sirvienta.

– Las mujeres de mis hijos lo son.

– Pues serviré á los animales que salváis en el arca; daré su alimento á los leones y á las panteras, á las serpientes y á los buitres... ¡Salvadme!

– Ya no es tiempo. El sol desaparece detrás de las altas cumbres, y allá abajo, por Oriente, las nubes se acumulan. Ha llegado la hora del castigo; Dios llegará pronto. ¡Vete!

– ¡Ah, corazón de roca, Dios será mejor que tú, y esperaré!

Apenas acababa de pronunciar estas palabras, un poderoso estremecimiento recorrió la tierra; las aves se refugiaron aturdidas en el bosque; el rayo rasgó las nubes á lo lejos; hízose noche, y junto al arca levantóse una sombra gigantesca.

Noé quiso levantar precipitadamente la puerta, pero la mujer desconocida se agarró á las cuerdas de bejucos, y al verla Dios compadecióse de ella.

– Déjala entrar, dijo á Noé, y no se diga nunca que he rechazado á un ser que tenía fe en la misericordia divina. ¡Apresúrate!

La hermosa joven quiso prosternarse para dar gracias á Dios, mas no tuvo tiempo; cayó en el interior, impulsada por el puente que se levantaba, y hallóse perdida en la obscuridad.

Noé entró á tientas, sin hablar á la joven, en el departamento donde se había reunido su familia, y entonces la desconocida, adelantándose hasta la puerta entornada, miró curiosamente, sin atreverse á dar un paso más ni hacer el menor ruido. Vió una gran sala escasamente iluminada por una lámpara suspendida del techo, y á Noé en un sitial, inmóvil y taciturno, rodeado de sus hijos, que permanecían de pie: Sem, el del cabello negro y plano, con barba rizada, nariz aguileña y ojos de buitre; Cam, le del cutis bronceado, cabello crespo, mandíbula muy desarrollada y poderosas caderas; y Jafet, el del cabello castaño y caído en bucles, tez mate y ojos de gacela, azules, de dulce expresión.

La mujer de Noé, sentada también sobre una piel de oso con las piernas cruzadas, hallábase en el extremo del aposento; las mujeres de Sem, de Jafet y de Cam iban y venían, arreglando sus efectos en las pequeñas habitaciones que daban al departamento central. Todas tenían el cabello negro y trenzado y el cuerpo robusto; llevaban una larga túnica de pelo de camello ceñida al talle y sujeta en los hombros, de manera que permitía ver los brazos desnudos y ocultaba mal el cuello curtido por el sol.

Mientras la joven rubia miraba todo esto, la tempestad se había acercado: caía el rayo produciendo horrísono estrépito; una tromba de viento pasaba en aquel instante sobre el arca, y oíase resonar sobre el tejado un ruido sordo, agobiador, fatídico anuncio de que las cataratas del cielo acababan de abrirse. En las profundidades de la nave, sacudida de continuo, los rugidos de los tigres y de los leones y los mugidos de los toros contestaban al ronco fragor del trueno; mientras en el exterior, los gritos, las imprecaciones y los llamamientos desesperados iban á morir contra el muro de madera del edificio flotante. Era la hora de la venganza divina: Noé y sus hijos se prosternaron para adorar á Javeh.

Los del arca velaron durante toda aquella noche. Las mujeres, acurrucadas alrededor de la esposa de Noé, escuchaban aterradas el rumor de la tempestad; mientras los hombres, inclinados hacia la única ventana, protegida por un tejadillo en ángulo saliente, contemplaban cómo el mundo volvía al caos.

. . . .

El día siguiente amaneció con una luz dudosa, y todo estaba triste.

Los hijos de Noé salieron de la sala común para dar á los animales su alimento; llevaban cada cual una lámpara, y Jafet, que iba el primero, detúvose de repente y miró á sus pies. Entonces vió una mujer que dormía; sus graciosas formas se marcaban bajo la tela multicolor que la cubría desde las rodillas al seno, y una espesa y sedosa cabellera, semejante á un manto de oro, ocultaba sus hombros desnudos. Estaba echada en el suelo, había apoyado la cabeza en las manos, y en su dulce rostro vagaba una sonrisa.

– ¿Qué animal es ese que está echado ahí?, dijo Cam. ¡Es una mujer! ¡Eh, perra, levántate!

Y ya iba á empujar con el pie á la joven dormida, cuado Jafet le detuvo.

– ¡Es hermosa, dijo, déjala!

Sin embargo, la desconocida se había despertado, y poniéndose en pie de un brinco, irguióse altiva é indignada.

– ¿Qué me queréis?, exclamó. ¿Cómo osáis?... Pero ¿dónde estoy?

– ¿Qué haces aquí, perra maldita?, preguntó Cam. ¿Cómo has logrado entrar en este sitio?

– Ya recuerdo; el mismo Javeh me salvó.

– ¡Mientes! Solamente nosotros debemos salvarnos.

– ¿Quién sabe?, dijo Jafet.

– Es preciso echarla de aquí.

– Todo está cerrado.

– Pues bien: arrojémosla como pasto á las fieras, á fin de que muera como su raza.

– Eso no, replicó Jafet, colocándose delante de la desconocida. Solamente nuestro padre tiene derecho para mandar aquí. Vamos á consultarle.

Y condujeron á la joven de cabello de oro á presencia de Noé.

– Padre, dijo Cam, ¿quién es esa hija de la tierra, y cómo se halla aquí?

Las mujeres se habían acercado y miraban con malos ojos á la extranjera.

– Dejadla, contestó Noé. El Altísimo se compadeció de ella, para demostrar á nuestra raza que no sabe resistir á la súplica. Tened compasión como él, y satisfáganse las necesidades de esa joven hasta que la cólera del Señor se haya apaciguado.

– De ningún modo, dijeron las mujeres; es rubia y no pertenece á nuestra raza. ¿No teméis que el pecado se haya introducido con ella en el arca?

– ¡Silencio, mujeres!, dijo Noé. Respetad las órdenes de Javeh; sus designios son inescrutables.

– Hija de la tierra, ¿cuál es tu nombre y de dónde vienes?

– Me llaman Aria y soy hija de rey.

– ¡Hija de rey!, repitió Cam. Pues bien: tú fregarás nuestros pucheros.

– ¡Hija de rey!, exclamó Sem. ¿Has conservado por lo menos algunas alhajas?

– Es hermosa, dijo Jafet, y yo la protegeré.

. . . .

Transcurrieron los días, lúgubres y uniformes por el rumor que producía la lluvia al caer sobre el tejado y sobre el agua que cubría la tierra. La tempestad había cesado y ya no se oían fuera ni gritos ni lamentos ni blasfemias. En la tierra, la vida había muerto.

Al fin cesó la lluvia; el viento despejó las nubes, y de nuevo brilló el sol.

Aquel día hubo gran regocijo en el arca, y mientras todos miraban ávidamente por la única ventanilla aquel esplendor de la luz, Aria, manteniéndose á un lado con timidez, contemplaba á Jafet, y el amor penetró en su corazón.

Pasaron los días y las lunas, y el arca seguía flotando; pero el viento soplaba con fuerza y el arca se balanceaba lentamente.

Una mañana, al rayar la aurora, una sacudida hizo vacilar el edificio flotante y todos los que le habitaban despertaron sobresaltados. Hubo un momento de confusión; el arca, cogida por la proa, inclinábase á popa, arrastrando por la pendiente de las salas inferiores una infinidad de animales diversos que se agitaban haciendo mucho ruido.

El arca acababa de tocar tierra y encallaba en las rocas á medida que iba bajando el nivel del agua.

Fué necesario esperar aún varias lunas; pero al fin la paloma volvió con la rama de olivo, y Noé abrió la puerta del arca, de la cual salió él primero, seguido de su mujer, de sus hijos y de las mujeres de sus hijos; y al tocar el suelo con sus pies, experimentaron una alegría inmensa que se elevó hacia el cielo.

La tierra se extendía á lo lejos, cubierta de verdura é inundada de sol; y en el cielo azul, un arco inmenso se prolongaba desde uno á otro horizonte, como anillo recamado de piedras preciosas de todos colores. Jamás habían presenciado los hijos de Noé tan magnífico espectáculo; lo que tenían ante sí ó á su alrededor era la tierra virgen sin ningún dueño: ellos eran los reyes del mundo.

Sin embargo, Aria, que había sido la última en salir, se mantenía separada de los demás y estaba triste; sus hermosos ojos conservaban la sombra de las nubes desvanecidas y fijaban su mirada en Jafet, que acercándose á ella le dijo:

– ¿Por qué no te regocijas con nosotros?

– Estoy triste, señor, porque no soy de vuestra familia, y porque, salvada de las aguas, voy á morir de miseria.

– Te quedarás con nosotros, Aria; consuélate.

– ¡Ah! ¡Qué me importa la existencia, si debo vivir sin ser amada, sin tener el derecho de apoyar mi cabeza en el esposo amado y si no he de llevar nunca en mis brazos el fruto de un amor correspondido!

Jafet se alejó de Aria sin contestar, temiendo decir demasiado.

Al día siguiente se abrió el arca para los animales que estaban allí encerrados. Las aves remontaron el vuelo cual espesa humareda que se eleva hacia las nubes y se disipa; los cuadrúpedos salieron como tumulto de guerra; los reptiles se alejaron deslizándose á lo largo del arca en busca del cieno, y á veinte pasos de allí un león libre estranguló á un carnero.

Al tercer día, Noé hizo un sacrificio á Dios en un altar improvisado, y al cuarto empuñó su bastón y bajó de la montaña con su familia y los animales domésticos que conservaba.

Aria le seguía.

La pendiente estaba resbaladiza aún, y acá y allá encontrábanse varios objetos que habían sido depositados por las aguas; más lejos, en la llanura, vieron algunas ruinas de casas ó de templos y cadáveres de hombres y animales medio sepultados en el limo y la hierba nueva.

– ¡Huyamos!, dijo Noé.

– Padre, observó Cam, ¿no podríamos abandonar los cadáveres á las aves y aprovechar esas paredes que aún están en pie para buscar en ellas refugio?

– No, hijo mío, con nuestras propias manos debemos rehacerlo todo, según lo vayamos necesitando, á fin de que el pecado que habitó en esas moradas no vuelva á tentarnos jamás.

– Padre, dijo Jafet, no encontraremos nunca tan hermoso país como éste.

– La tierra es grande, hijo mío, y aún hallarás algo mejor.

– Padre, dijo Sem, ¿no podríamos tomar los objetos útiles que encontramos en nuestro camino y las alhajas que llevan esos cadáveres?

– No toques nada de lo que es impuro, contestó Noé.

Caminaron durante tres lunas, franqueando los ríos en balsas improvisadas; y apenas llegada la noche, plantaban su tienda en las alturas.

Cierta mañana, al salir de aquélla, los hijos de Noé vieron hacia el poniente una línea azul que cortaba el horizonte.

– ¡El agua!, exclamaron poseídos de terror.

Noé, llamado por sus hijos, miró á su vez.

– Hemos llegado, dijo, al término de nuestro viaje, pues ahí está el mar. Aquí, en esta llanura inmensa y poblada de verdura, fijaremos nuestra primera residencia, porque el mar no saldrá ya nunca de sus límites, y esta tierra se conserva pura de toda mancha humana. Y ahora, hijos míos, ved la repartición del mundo según lo dispuesto por Javeh. Sem, que es el mayor, tomará este dominio cuando me suceda, y se extenderá hacia el Oriente hasta los límites de la tierra. Cam, que está acostumbrado á los más rudos trabajos al sol, irá al Sud; y tú Jafet, tendrás el Norte, y también el poniente, si hay alguna isla más allá de ese mar.

Bajando después á la llanura, plantaron su tienda en medio de ricos pastos, donde crecían algunas vides salvajes.

Pero en la tarde de aquel día inútilmente se buscó á la blonda Aria; ignorábase lo que había sido de ella.

Cam opinó que la pérdida no era grande, y las mujeres asintieron á ello. Sem sintió su falta porque trabajaba mucho, y sólo Jafet se ofreció á ir á buscarla.

– Jafet tiene razón, dijo Noé; seguid cada cual la dirección que os he designado esta mañana y traed á Aria, á quien Dios salvó y cuya custodia nos ha confiado. ¡Feliz aquel que la encuentre!

Al oir estas palabras, Sem y Cam se levantaron y siguieron á Jafet.

– Si he comprendido bien, dijo Cam, aquel de nosotros que encuentre á Aria la guardará como esclava.

– Tienes duro el corazón, repuso Jafet; entre nosotros no hay esclavos, y no es eso lo que nuestro padre ha dicho.

Sem guardaba silencio, según su costumbre, pero pensaba que el descubrimiento de aquella joven suponía una promesa. Como era el primogénito, tomó el carro de su madre, tirado por dos búfalos, y dirigióse hacia el Oriente; mientras Cam, montado en un camello, se encaminó en dirección al Sud.

Jafet, contristado el corazón, montó una fogosa yegua y lanzóse hacia el Norte, gritando sin cesar: «¡Aria, Aria!» Así anduvieron errantes hasta que rayó la aurora. En aquel momento Jafet se hallaba cerca del mar, y de tal modo le rendía el cansancio, que resolvió reposar un instante á la sombra de las rocas. Apeóse y avanzó triste y desanimado. Al dar la vuelta á un pequeño promontorio vió ante sí una gruta en que la arena dorada se extendía como una alfombra.

– ¡Aria!, gritó Jafet.

Allí estaba la hermosa joven dormida, con el cuerpo desnudo bajo una especie de túnica, que había deshecho para preservarse de la frescura de la noche.

Oyó el grito de Jafet y ruborizóse ante su mirada. Rápida como el ave sorprendida, levantóse y quiso huir; pero sus ligeros pies se enredaron en la tela con que se cubría, y Jafet la cogió en sus brazos exclamando:

– Hija de la tierra, ¿por qué te alejas de nosotros? ¿Por qué huyes de mí?

– Dejadme, Jafet, dejadme, contestó la joven; no soy nada de nadie. Me habéis salvado la vida; pero ésta es para mí peor que la muerte, porque debo vivir como si hubiese perdido la existencia. Dejadme, porque para mí es más penosa vuestra presencia que vuestra ausencia; dejadme morir cerca del infinito radiante. Javeh, á quien imploro toda la noche, vendrá á buscarme.

Jafet quiso hablar; mas al ver que Aria se dejaba caer como muerta, depositóla suavemente sobre la arena, y sosteniéndola aún entre sus brazos, buscaba la vida en aquel cuerpo desnudo, que parecía divino bajo los nacarados reflejos que las aguas proyectaban en la gruta.

– Yo te amo, Aria. ¿Me oyes? No quiero que mueras...

Aria no oía, pero su seno se dilataba lentamente, y comenzando á respirar con trabajo, murmuró:

– Tengo hambre.

Al oir esto, Jafet corrió á la playa, recogió algunas conchas que se abrían al sol y llevóselas á Aria. La joven le dió gracias con una sonrisa.

– He tenido un buen sueño, dijo; parecíame que el Altísimo venía á buscarme y me daba reinos inmensos en cambio del de mi padre. Tú eras... mas no quiero decirlo, porque esto no puede ser.

– Dilo, Aria, concluye... Yo era rey contigo, ¿no es verdad? Y así será, pues yo te tomo por esposa ante Dios y ante mi padre.

Aria miró á Jafet fijamente, sin comprenderle al parecer; parecía vivir en su sueño, y no encontraba palabras para expresarse; pero al fin una lágrima brilló en sus ojos, deslizóse por sus mejillas y cayó en la concha que Jafet tenía abierta.

– Esa lágrima es mía, dijo Jafet, y la beberé.

Y como acercase la concha á su boca, escapóse de ella una bolita, brillante como el nácar, y rodó por la arena.

Jafet la examinó con curiosidad y mostrósela á Aria.

– ¡Mira, exclamó, esta lágrima de amor que por mí has vertido se ha petrificado al punto! Así lo ha querido Javeh, sin duda para que fuese prenda de alianza entre tú y yo. Guardémosla cuidadosamente.

– Ya no lloraré, dijo Aria, porque te pertenezco.

Y Jafet, cogiendo entre las manos la cabeza de su amante, depositó un beso en sus ojos á fin de secar para siempre la fuente de sus lágrimas.

Era cerca de mediodía cuando Jafet volvió al campamento, llevando á grupas de su yegua á la blonda Aria, púdicamente cubierta con su túnica.

– ¡Al fin has llegado!, dijo Thabar á Jafet; ya te creíamos perdido. No valía la pena causarnos tanta inquietud por esa muchacha.

– Hace ya mucho tiempo, añadió Cam, que Sem y yo estamos de vuelta.

– ¡Silencio!, dijo Noé.

Jafet se apeó, y cogiendo de la mano á su compañera presentóla á Noé.

– Padre, le dijo, la tierra es grande y somos poco numerosos. El Señor, que salvó á Aria, no ha querido, sin duda, que fuese inútil en nuestra familia. Padre, á presencia de Javeh y ante vos, tomo á Aria por mujer, suplicando á Thabar, mi esposa, que la acepte por compañera.

Aunque Thabar pareciese muy descontenta, Noé cogió la mano de Aria y púsola con la de Jafet.

Después preparó el holocausto á fin de implorar la bendición divina para aquella nueva unión, y volviéndose hacia sus hijos, díjoles:

– Se ha cumplido el plazo. Se os dió esa hija de la tierra para probar vuestros carazones, y os habéis revelado: Dios ha señalado á cada uno su lugar y su porvenir. Tú, Sem, no pensaste más que en los objetos preciosos, y tu corazón fué inaccesible á otros sentimientos. Por eso tus hijos serán los más ricos entre los hombres, y sus mujeres, las más engalanadas, serán esclavas en la riqueza; pero tus hijos tendrán por patrimonio la sabiduría, y con ella enseñarán al mundo. Tú, Cam, has sido brutal, y por eso tus descendientes serán fuertes y víctimas de la fuerza y conocerán la esclavitud. Tú, Jafet, has protegido á esa extranjera y tu corazón se abrió á la piedad y al amor. Por eso tus descendientes serán hermosos y desprendidos y sus obras las más bellas y grandiosas de la tierra. Mas por haber tomado dos mujeres, tus hijos serán esclavos de la mujer y amarán su esclavitud. Y tú, Aria, cuya dulzura y fe han vencido la cólera de Javeh, ¡bendita seas! Por ti se perpetuará la raza blanca en el mundo, aventajando á todas las demás; por ti triunfarán de la fuerza la belleza, la dulzura y la inteligencia; por ti se salvará un día el mundo de la esclavitud, porque tu nombre significa *libertad*, dijo, y en el improvisado altar el holocausto humeante llevóse aquella oración hasta los cielos.

Traducido por E. L. de Verneuil

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL PANORAMA «EL VENGADOR» Y SUS INSTALACIONES MECÁNICAS

El panorama de los Campos Elíseos de París, *El Vengador*, obra del pintor panoramista M. Poilpot, autor del célebre panorama los *Transatlánticos* que tanta admiración produjo durante la última Exposición universal verificada en la capital de Francia, ofrece, además del interés de una representación verdaderamente viva de un grandioso hecho de armas y la curiosa reconstrucción de buques de las antiguas armadas, algunas particularidades de instalación mecánica que creemos dignas de una descripción detallada.

Sabido es que el sacrificio voluntario de la heroica tripulación del *Vengador* no es más que un episodio de los combates de pradial del año II (29, 30 de mayo y 1.° de junio de 1794) en los que la escuadra francesa, á las órdenes del almirante Villaret-Joyeuse y del miembro de la Convención Jean-Bon Saint-André, luchó cerca de Ouessant contra la escuadra inglesa mandada por el almirante Howe. El objetivo principal del combate era hacer levantar el bloqueo de Brest para permitir la entrada en este puerto de un gran convoy de trigo que traía de América el contraalmirante Vanstabel. Las dos primeras jornadas (29 y 30 de mayo) sólo dieron lugar á un cañoneo sin grandes consecuencias, distinguiéndose, empero, el *Vengador* por su audacia al oponerse á la tentativa del enemigo para cortar en dos la armada francesa. Los adversarios dedicaron el siguiente día á reparar sus averías, continuando la lucha el día 1.° de junio con un encarnizamiento heroico por ambas partes. A pesar del parecer de Villaret-Joyeuse, Jean-Bon Saint-André, temiendo exponerse á un desastre, ordenó la retirada, orden que en el fragor del combate no comprendieron algunos buques franceses, entre ellos el *Vengador*, cuyo capitán Renaudin, en lucha con dos buques ingleses, vióse amenazado por un tercero, el *Brunswick*, contra el cual se arrojó con propósito de tomarlo al abordaje. Desgraciadamente el *Vengador* fué agarrado por el áncora de un buque enemigo, de tal manera que se encontró expuesto al fuego de casi todas las piezas de éste sin poder contestarle más que con algunas de las suyas. El áncora, sin embargo, no tardó en romperse, recobrando los dos adversarios la libertad de sus movimientos; mas antes de que Renaudin hubiese podido aprovecharse de ella, su barco fué aplastado por las andanadas de un navío de tres puentes. Entonces el agua penetró por todas partes en el desgraciado buque y un gran número de sus defensores fueron sepultados por las olas al grito de «¡Viva la República!» mientras algunos de ellos clavaban su pabellón en los restos del palo mayor. De los 738 hombres que formaban la tripulación perecieron 475; los demás fueron recogidos por los ingleses. Esta heroica resistencia produjo gran efecto moral en el adversario, que no se atrevió á intentar la persecución de los buques franceses, pudiendo el convoy de Vanstabel entrar libremente en Francia.

El autor del panorama ha escogido para éste el momento en que el *Vengador* se hunde en el mar. Para mayor ilusión del espectador, éste se halla colocado delante del *Vengador* sobre el puente del brick *El Correo* que sirve de plataforma y que está dotado de un balanceo que parece reproducirse en la tela del fondo.

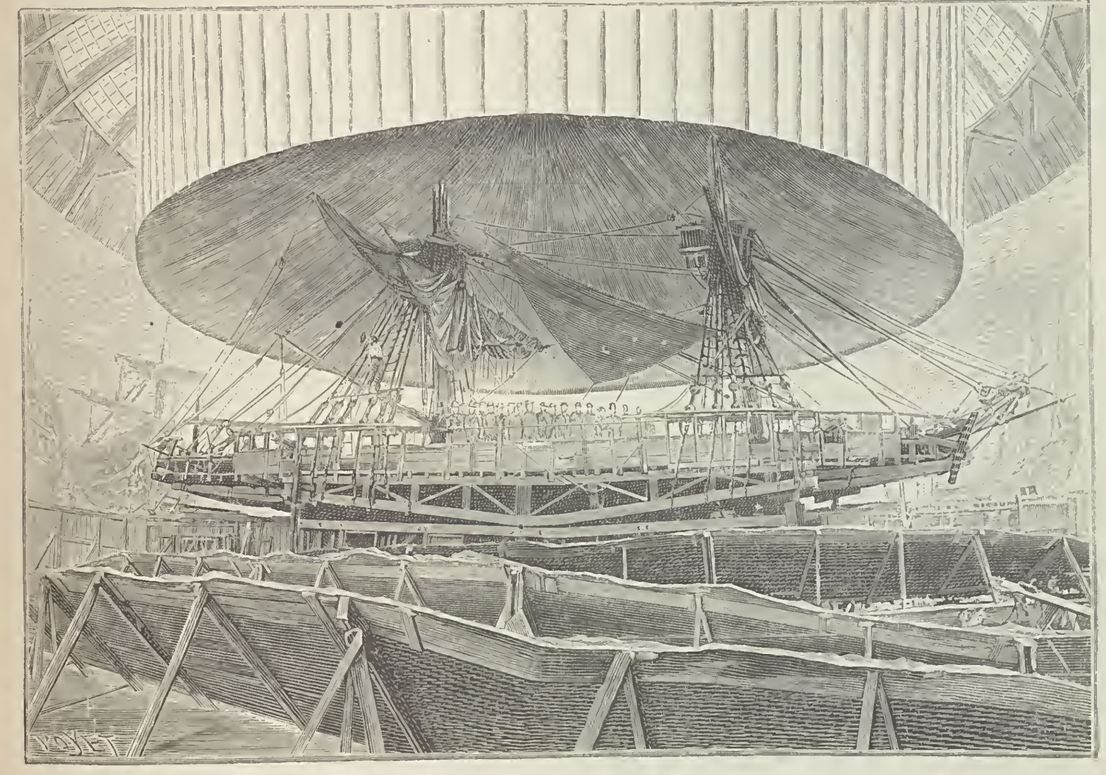


Fig. 1. Panorama *El Vengador* en los Campos Elíseos de París. Vista del buque desde abajo.

Conocidos son los procedimientos de ejecución de los panoramas y por lo mismo no hemos de ocuparnos de ellos; pero nos ha parecido interesante hacer que el lector penetre entre los bastidores, mejor dicho, en el subsuelo del panorama de M. Poilpot.

La figura 1 representa el aspecto del buque y de las olas que lo rodean, tomado desde abajo: las olas están formadas por gruesas telas extendidas sobre planchas sostenidas por puntales y se cruzan entre sí; en cuanto al barco compónese de un entarimado apoyado sobre cuatro vigas longitudinales que constituyen una armadura y están reunidas por medio de traviesas. El movimiento de balanceo de que hemos hablado se obtenía al principio por medio de dos cabrias movidas á mano y colocadas en el suelo, en el centro del puente, cuyos dos extremos podían levantarse alternativamente por medio de cables metálicos. Este sistema exigía demasiada resistencia en el maderamen: tomado de la maquinaria teatral ordinaria, cuyas maniobras tienen una duración muy limitada, no podía convenir á una maniobra que funciona durante nueve ó diez horas seguidas. Además, los dos obreros destinados á cada cabria habían de trabajar en condiciones muy desfavorables y tenían que ser, por consiguiente, reemplazados muy á menudo. Para remediar estos inconvenientes, M. Poilpot solicitó de M. Berthot, ingeniero de artes y manufacturas, que sustituyera con una transmisión de movimiento mecánica la de las cabrias movidas á mano. La disposición concebida por M. Berthot y realizada por él con el concurso de los Sres. Rouar hermanos, ingenieros constructores, está representada en la figura 2. Una máquina de gas de dos caballos de fuerza pone en movimiento una bomba de doble efecto que empuja el agua á una presión de 20 atmósferas debajo de un aflojador: éste está cargado de modo que produzca una presión de 8, 12, 16 ó 20 atmósferas debajo de los dos pistones de prensas hidráulicas G y E, cuyos émbolos D y F obran sobre los extremos del armazón del barco, y como los pistones tienen 250 centímetros cuadrados de superficie, estas presiones corresponden á esfuerzos de 2.000, 3.000, 4.000 y 5.000 kilogramos y se regulan según el número de visitantes, de manera que no se fatigue inútilmente el maderamen. El agua de evacuación de las prensas vuelve al depósito de alimentación: éste contiene también el tubo de alimentación de una pequeña máquina con columna de agua B que sirve de distribuidor entre las prensas: el curso de los pistones y por ende la amplitud de las oscilaciones del buque es de 50 centímetros durante cada oscilación completa de 35 á 40 segundos.

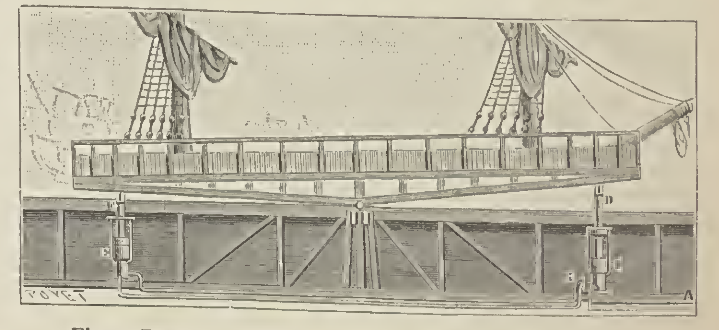
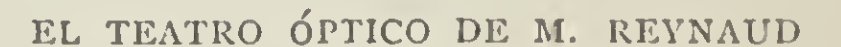


Fig. 2. Panorama *El Vengador*. El buque puesto en movimiento

El efecto conseguido es sobrado suficiente para producir la ilusión del movimiento de los buques representados en la tela panorámica: las olas que rodean al brick también parece que se levantan y el espectador cree ver hundirse ante sus ojos los gloriosos restos del *Vengador*.

Los Sres. Berthot y Rouart hermanos no han empleado más que diez días en proceder á la importante modificación que hemos mencionado y cuyo buen éxito es un hecho que verdaderamente les honra.

G. RICHON
Ingeniero de artes y manufacturas



EL TEATRO ÓPTICO DE M. REYNAUD

Muchos son los aparatos inventados por M. Reynaud con objeto de perfeccionar los métodos de proyecciones, aparatos que permiten obtener por determinados procedimientos ópticos la ilusión del movimiento y de la vida.

Los aparatos que producen la síntesis de las fases sucesivas de una acción, desde el fenakisticopio de Plateau hasta el praxinoscopio de M. Reynaud, estaban hasta el presente limitados por su misma naturaleza á la reproducción de un movimiento, ó á lo sumo, de una acción muy sencilla, puesto que cada rotación del aparato no podía evidentemente hacer otra cosa que repetir el efecto producido por la rotación anterior.

El teatro óptico tiene por objeto extender la ilusión á la reproducción de una serie considerable de acciones y realizar de este modo la reconstitución por síntesis óptica de una escena entera.

A este fin, la corona de los antiguos aparatos es reemplazada por una tira muy larga, en donde están dibujadas multitud de posiciones. Era preciso, además, presentar la ilusión escénica animada á un público numeroso, y para ello hacíase necesario dar á las figuras grandes dimensiones, lo que sólo puede conseguirse por medio de una pantalla.

Pero para conseguir esta ilusión en buenas condiciones para el observador es preciso que las posturas se sucedan en la pantalla sin solución de continuidad; en otros términos, que no haya en la pantalla ninguna extinción ó eclipse entre dos posturas sucesivas.

Esta continuidad de la imagen obtenida ya por el praxinoscopio de visión directa inventado en 1877 por M. Reynaud no había sido hasta ahora realizada por ningún aparato de proyección.

El teatro óptico por su construcción misma la realiza, de modo que la sucesión de posturas puede á cada momento quedar interrumpida sin que la imagen deje de estar iluminada y de ser visible en la pantalla. Esta propiedad permite en la representación de la escena animada descansos y repeticiones que aumentan la verdad del efecto al propio tiempo que la duración de la escena representada.

Gracias á estas condiciones el teatro óptico ofrece á los espectadores escenas completas (pantomimas, entremeses, etc.) que pueden durar 15 y 20 minutos con un número de posturas y una longitud de la tira que no salen de los límites de lo posible, proporcionando de esta manera un espectáculo á la vez interesante, entretenido y nuevo.

Además el teatro óptico parece constituir desde ahora el aparato tipo para la síntesis de las series fotográficas de posturas sucesivas, y en este sentido se empleará principalmente en lo porvenir cuando los perfeccionamientos de los aparatos instantáneos es-

peciales y la rebaja de precios de las películas fotogénicas permitirán obtener con facilidad y bastante economía series numerosas de esas posturas.

Nuestro grabado representa el dispositivo del Teatro óptico de M. Reynaud: la tira cristaloide en donde van pintadas las imágenes está representada en A, y el operador puede hacerla girar en un sentido ó en otro por medio de dos manubrios. Las imágenes reproducidas por un procedimiento especial de impresiones en colores, pasan por delante de una linterna B, y son proyectadas por medio de una lente C sobre un espejo inclinado M, que á su vez las proyecta sobre la pantalla transparente E. Otra linterna de proyección D hace aparecer en la pantalla la decoración invariable en la que se mueven los personajes de posturas cambiantes pintados en la tira A.

M. Reynaud ha compuesto escenas muy entretenidas, especialmente la de la pantomima de tres personajes, titulada «¡Pobre Pierrot!» En ella se ve á Arlequín, Colombina y Pierrot que representan escenas muy animadas y ejecutan movimientos rápidos de un efecto sorprendente. Los personajes de las proyecciones obtenidas por este procedimiento tienen realmente vida.

En este ingenioso dispositivo del Teatro óptico hay, á nuestro entender, recursos enteramente nuevos para esta clase de espectáculos.

G. T.

***

DINAMÓMETRO REGISTRADOR DEL CAPITÁN LENEVEU

En las distintas aplicaciones mecánicas es de mucha importancia conocer la potencia transmitida por la máquina motriz, sea de vapor ó de otra clase, y la potencia recibida por la máquina receptriz (máquina-instrumento, máquina dinamo, etc.). Mediante estos elementos se pueden determinar las pérdidas en las transmisiones por correas y darse cuenta del rendimiento industrial y del funcionamiento práctico de las máquinas. Conocido es desde hace mucho tiempo el aparato que permite estos experimentos, que lleva el nombre de dinamómetro de transmisión y del cual existen ya diferentes tipos y diversos modelos. A pesar de esto, creemos interesante señalar á nuestros lectores una disposición especial adoptada por el capitán francés monsieur Leneveu, cuya competencia es bien conocida en todo lo concerniente á los aparatos de precisión.

El dinamómetro de M. Leneveu se compone esencialmente de dos discos A y B, montados en dos árboles independientes sostenidos cada uno por dos montantes especiales. En cada árbol hay una polea C y D. El conjunto del aparato descansa en un zócalo que asegura su estabilidad. En la parte superior hay un segundo árbol E que sostiene otras poleas G, F, H, una de las cuales recibe el movimiento de transmisión y lo comunica al dinamómetro por medio de la polea D.

Esta transmisión sólo puede efectuarse cuando los dos discos A y B están unidos entre sí y son solidarios en un sentido determinado: esta unión se obtiene por medio de muelles de espiral de alambre convenientemente fijados en un disco y reunidos al otro por medio de cadenitas.

El dinamómetro se pone en movimiento mediante una polea y transmite este movimiento á una máquina de utilización cualquiera. Los esfuerzos ejercidos sobre los dos discos son diferentes, pues el esfuerzo sobre la polea de transmisión á la máquina receptriz es superior al otro. De ello resulta un cambio de sitio angular de los dos discos, con relación el uno al otro, y los muelles de unión de que hemos hablado se comprimen más ó menos según el esfuerzo. Basta entonces establecer previamente una graduación para conocer los esfuerzos ejercidos; esta graduación se hace fácilmente manteniendo un disco inmóvil, ejerciendo sobre el otro esfuerzos variables por medio de pesas suspendidas y anotando las distintas posiciones ocupadas por una marca colocada en el disco móvil: de este modo el movimiento de un disco da á conocer el esfuerzo ejercido.

Veamos ahora cómo, con ayuda de este aparato, se mide la potencia transmitida á una máquina cualquiera. La potencia P gastada tiene por expresión $P = F \pi d n$, en la que F es el esfuerzo en kilogramos, d el diámetro de la polea en metros, n el número de vueltas del sistema por segundo y π la relación de la circunferencia al diámetro. De este modo se obtiene la fuerza en kilogramos por segundo, bastando dividir este número por 100 para expresar la potencia en *poncelets* ó por 75 para tenerla en caballos. La unidad de *poncelet* adoptada por el Congreso de mecánicos de 1889 es preferible á la de caballo.

Conocida la expresión de la potencia gastada debemos examinar los medios prácticos para determinar cada uno de los factores que la componen.

El esfuerzo F se determina fácilmente por el valor del movimiento angular de los discos, pero esta lectura es imposible cuando el dinamómetro está en marcha. M. Leneveu ha recurrido á un dispositivo muy ingenioso que marca á cada instante el valor de este esfuerzo F. Entre los discos A y B se establece una trasmisión especial al través del interior del árbol de transmisión y el lapicero I. Resulta de ello que los movimientos angulares de los discos se traducen por movimientos rectilíneos ascendentes ó descendentes del lápiz J. Un esfuerzo de un kilogramo sobre las poleas corresponde á un movimiento de 2'83 milímetros del lápiz sobre el papel del cilindro registrador K. Este último está dotado de un movimiento continuo facilitado por un movimiento de relojería parecido á los que se encuentran en todos los aparatos registradores de los Sres. Richard hermanos.



Vista en conjunto del Teatro óptico. – Una escena de la pantomima *¡Pobre Pierrot!*

El diámetro d de la polea de transmisión es conocido una vez por todas.

Fáltanos determinar el número de vueltas n por segundo. Esta indicación la proporciona el indicador de velocidad L y al propio tiempo el totalizador de vueltas M en un tiempo dado.

Por medio de este dinamómetro es muy fácil, como se ve, determinar exactamente la potencia absorbida por una máquina, así como la potencia necesaria para el funcionamiento de un instrumento ó de una dinamo cualquiera. Este aparato es, además, sumamente útil porque á cada instante facilita el registro de los factores principales de la potencia, y puede ser de grandísima conveniencia para ensayar aceites y grasas empleados para el engrasaje de las máquinas.

J. LAFARGUE.

(De *La Nature*)

***

NOTICIAS VARIAS

MICROBIOS Y BILLETES DE BANCO. – Partiendo del supuesto lógico de que los objetos destinados á circular de mano en mano deben recoger en sus incesantes peregrinaciones gran número de microbios, dos bacteriólogos de la Habana, los Sres. Acosta y Grande-Rossi, concibieron la idea de hacer algunas investigaciones sobre los microbios de los billetes del Banco Español de la capital de la isla de Cuba. A este efecto comenzaron por comprobar que el peso de tales billetes aumentaba en razón directa de su circulación á consecuencia de las materias extrañas que á ellos quedan adheridas, y en estas materias, que formaban sin duda un terreno de cultivo bien abonado, el número de microbios alcanza hasta la cifra de 19.000. Con ser el número muy considerable, no es éste el punto más grave de la cuestión, sino la calidad de esos microbios, pues se ha comprobado, según los citados señores, que entre ellos se encontraban los de la tuberculosis, de la difteria y de la erisipela, infección que se explican por el hecho de que son muchos, especialmente los muchachos, que tienen la costumbre de ponerse los billetes en la boca.

NUEVO INDICADOR DE INCENDIOS. – Un periódico de París dice que los Sres. Almeida y Silva han construído un nuevo instrumento de este género, que designan con el nombre de *incendioscopio*. El aparato consiste esencialmente en dos depósitos de aire reunidos por un tubo en U de pequeño diámetro: uno de ellos está descubierto y el otro rodeado de un cilindro de cristal. El tubo en U contiene una cantidad de ácido azótico y encima del nivel de este ácido hay un pedazo de cinc soldado al extremo de un hilo de platino y rodeado, sin contacto, por las espirales de otro hilo: los dos hillos están pegados á la pared del tubo y forman los conductores de un timbre eléctrico. Finalmente la superficie del ácido azótico va cubierta de una capa de carburo de hidrógeno que protege los hilos y el cinc contra los vapores de este ácido.

Si el medio en que se encuentra este aparato se calienta bruscamente, como el aire contenido en el depósito descubierto aumenta de volumen más de prisa que el contenido en el depósito cubierto con el cilindro de cristal, empuja al ácido azótico contenido en el tubo de comunicación y lo pone en contacto con el cinc, del que estaba antes separado, formándose de este modo una pila, en la que se establece la corriente y que hace sonar el timbre de alarma.

FOTOGRAFÍAS DE COMETAS. – M. M. Wolf, que tan buenos resultados ha conseguido con la fotografía de los pequeños planetas, no circunscribe á esto sus experimentos: en tres clisés obtenidos en 19 y 20 de marzo último ha podido observar la presencia de una nebulosa prolongada que cambiaba lentamente de sitio desde el primero al tercer clisé y que no se veía en otro clisé tomado el día 22. Es de suponer que se trataba de un débil cometa, tanto más, cuanto que el rápido observador tiene la certeza de poseer las imágenes de algunos otros, cuyas posiciones podrán medirse en esos clisés con gran precisión relacionándolas con las de las estrellas vecinas.

Además, en uno de estos clisés y en la región del Cisne se encuentra la imagen de una nebulosa no catalogada todavía, y en otros varios algunas trayectorias de bólidos ó estrellas fugaces claramente dibujadas. Como en las fotografías falta el relieve, estas trayectorias son rectilíneas en vez de ser en forma de arco sobre la bóveda celeste, tal como aparecen á nuestra vista; pero sus imágenes revelan un dato nuevo: los rastros en vez de ser uniformes aparecen hinchados de un sitio á otro, demostrando que la combustión de estos cuerpos que se inflaman en nuestra atmósfera está sometida á variaciones de intensidad muy frecuentes que hasta ahora no habían sido observadas.

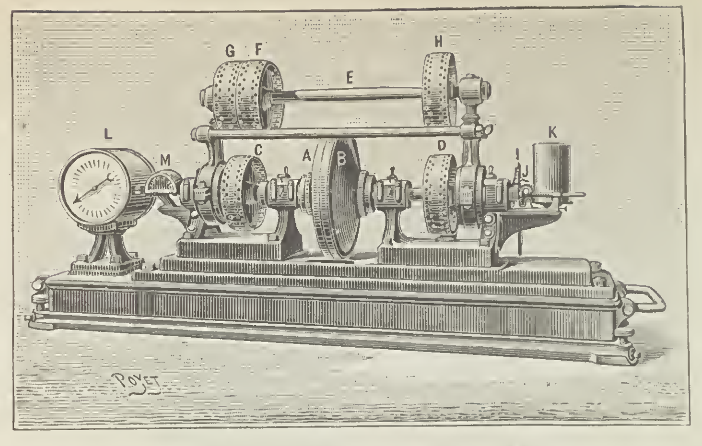
EL HAMBRE EN LA INDIA. – De cuantos males afligen á la humanidad, no hay quizás otro más terrible que el hambre, porque abruma de pronto á un

pueblo, diezmándolo rápidamente después de hacerle sufrir los tormentos más horrorosos. Es raro, por más que lo asegure un escritor de nota, que «la naturaleza proporcione víveres y los hombres ocasionen el hambre,» pues las más de las veces tiene ésta por origen una causa imprevista que destruye las cosechas y reduce á los hombres á la carestía y á la muerte. Es indudable que puede decirse con razón que el riesgo de presentarse semejante plaga está en razón inversa del grado de civilización de un pueblo; pero también es cierto que la previsión tiene sus límites, como lo prueba el hambre que aun hoy está causando tantos estragos en Rusia, llamando la compasiva atención del mundo entero.

Pruébalo también la que en la actualidad reina en las Indias y de la que muchas personas ni siquiera tienen noticia, aun cuando es una de las más terribles que allí se han sufrido. Lo más curioso en este país es que dicho azote parece presentarse en períodos fijos, cada quince años; por lo cual sería interesante averiguar si esta fecha está en relación con algún fenómeno meteorológico ó astronómico, lo que no parece imposible.

La última hambre sobrevino en 1876, y se calculan en cinco millones las personas que murieron á causa de ella ó de sus resultas. El año pasado llovió allí muy poco, no siendo de extrañar que los pueblos indios temieran la escasez de las próximas cosechas. Por fortuna, con lo que se recogió se pudo alimentar bien ó mal la gente, pero no hacer provisiones. Este año casi no ha llovido nada, de suerte que el hambre impera con todos sus horrores.

No es posible formarse una idea de la desolación que esta plaga produce en un país. No hay lluvias; la sequía quema las mieses; las charcas, estanques y ríos se quedan en seco á los ardores de un sol abrasador; miseria en todas partes. El gobierno inglés ha mandado establecer cierto número de campamentos, por desgracia poco abastecidos, donde se refugian los habitantes, muertos de hambre, con los ojos hundidos, las facciones descompuestas, las costillas salientes y una demacración que causa espanto. Las consecuencias de esta hambre amenazan durar muchos años, porque no tardarán en faltar cereales y ganados. En muchos puntos los habitantes han matado casi todos sus rebaños por no tener con qué alimentarlos; en otros han arrancado la paja que servía de techumbre á las casas para darla de comer á los animales hambrientos.



Dinamómetro registrador del capitán Leneveu

El gobierno hace lo posible por socorrer á cierto número de habitantes, pero sus auxilios no pueden alcanzar á todos; así es que los muertos se cuentan por millones. Y no mueren por falta de alimento tanto como por la de agua, cuestión más difícil de resolver materialmente, porque tropieza con preocupaciones religiosas sumamente arraigadas en la población. Por ejemplo, un hombre perteneciente á una casta elevada no consentirá jamás en beber agua de un pozo en donde otro de casta inferior haya metido un cubo para sacarla, pues en este caso considera mancillada, impura el agua; preocupación especialmente terrible para las personas de ínfima clase, á las que no se permite acercar en absoluto á ningún pozo. Como los pozos de estas gentes son los menos profundos, se han secado rápidamente, y para remediar este inconveniente, el gobierno inglés ha establecido préstamos por 30 años al 3 por 100 de interés, gracias á los cuales el pueblo podrá abrir pozos. Actualmente se están abriendo 19.000.

Y no sólo mueren de hambre y de sed estos famélicos; cuando después de un prolongado ayuno quieren tomar un poco de alimento, les ataca una disentería que los hace perecer en poco tiempo.

Pero el mal más grave es el de la fiebre que acompaña al hambre, y que se presenta cuando la debilidad es ya extraordinaria. Los cadáveres yacen en gran número en medio de las calles, en los caminos; algunas personas se arrastran penosamente hasta los bosques pantanosos para buscar un poco de agua con que apagar su sed, pero entonces no tardan en ser devoradas por otra plaga: las fieras.

El gobierno hace cuanto puede por aliviar los padecimientos de aquel desgraciado país y todos los empleados están en sus puestos.





LIBROS RECIBIDOS

en esta redacción

TRATADO COMPLETO DEL NARANJO, por *Bernardo Giner Aliño.* – Se ha publicado el cuaderno 3.º de esta importante obra que comprenderá además un apéndice sobre el limonero, cidro, bergamoto y limetero. Editada por D. Pascual Aguilar, suscríbese á esta obra, al precio de una peseta el cuaderno, en casa del editor (calle de Caballeros, núm. 1, Valencia) y en las principales librerías.

VIAJES DE UN CRONISTA, por *don José Ortega Munilla,* dibujos de *Angel Pons.* – El último tomo de la colección que publica en Madrid D. Manuel Fernández Lasanta, lleva dos firmas que por sí solas se recomiendan: la del distinguido director de *Los lunes de El Imparcial* y la del hábil dibujante que tantas pruebas tiene dadas de la intención con que concibe y de la maestría con que maneja el lápiz. *Viajes de un cronista* es una colección de artículos en donde se condensan las impresiones que en el ánimo de su autor, observador perspicaz, crítico ilustrado y escritor elegante, produjeron Tánger, Berlín, Málaga, Cádiz, Roma y la Exposición de París de 1889. Multitud de observaciones fidelísimas, de gratos recuerdos evocados con oportunidad suma, de descripciones bellísimas: tal es la síntesis del libro que nos ocupa. En sus ilustraciones Angel Pons ha estado feliz, como siempre, y los tipos, paisajes y costumbres aparecen en las páginas del tomo reproducidos con tanta exactitud como gracia. Véndese el libro al precio de 3'50 pesetas en las principales librerías.

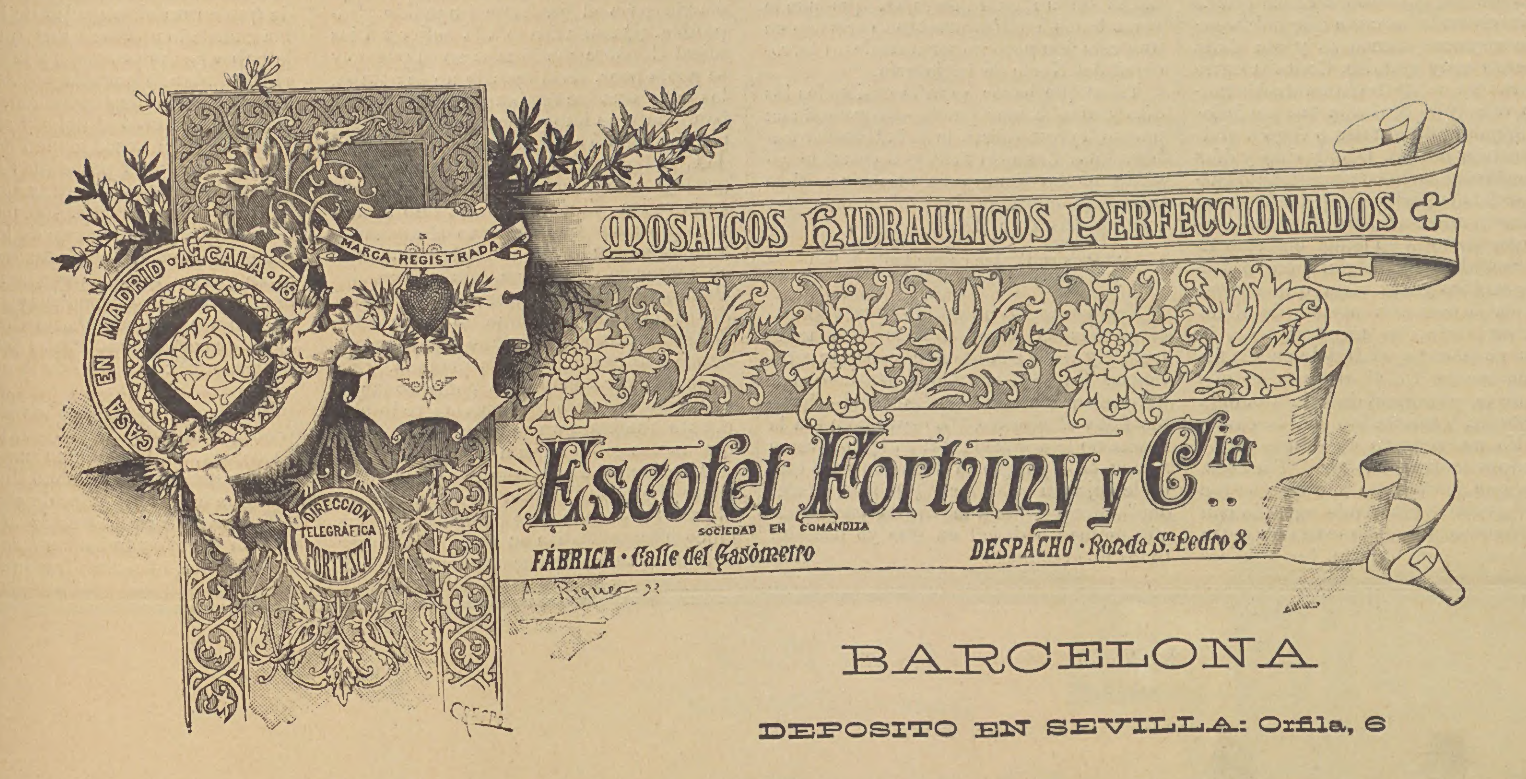


LA CONVERSIÓN DEL DUQUE DE GANDÍA, cuadro de D. José Moreno Carbonero

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



AÑO XI — BARCELONA 12 DE SEPTIEMBRE DE 1892 — NÚM. 559



FÁBRICA la más importante del mundo, la que tiene mayores existencias y mejores productos en su clase.

Como quiera que el ser muy viejo es una de las condiciones más esenciales que debe reunir todo material con base de cemento, nuestra casa no entrega sus renombrados MOSAICOS HIDRÁULICOS ni ninguno de sus productos hasta pasado un año por lo menos de su fabricación. De ahí el gran crédito y el inmenso y progresivo consumo que de ellos se hace, no ya sólo en la Península y Ultramar, sino hasta en el Extranjero.

Otras de las cualidades que indudablemente influyen en la preferencia que hasta ahora viene dispensando el público inteligente y de refinado gusto á nuestros mosaicos, es la de habernos separado de los rutinarios dibujos y de haber creado, debido á renombrados artistas y sin reparar en sacrificios, otros originales y de exclusiva propiedad de esta casa.

ESPECIALIDADES DE LA CASA

Baldosas para aceras, cuadras y cocheras, dando mejor resultado que cualquiera clase de piedra, y siendo su precio mucho más económico.

Baldosas especiales para salas de máquinas, recomendándose por su gran solidez y limpieza.

Gran novedad en baldosas relieve para arrimaderos y pasillos.

Baldosas para galerías, patios y terrazas al aire libre. Producto inalterable y resistiendo á los cambios bruscos de temperatura.

Losas de gran relieve para ornamentación de fachadas y zócalos.

Las humedades en los pisos y muros se evitan con el empleo de nuestros pavimentos y zócalos ó arrimaderos.

Nuestra casa garantiza todos los artículos de su especial fabricación

EL COLLAR DE DIAMANTES DEL AVARO

En 1740 vivía en París en el barrio latino un avaro famoso, que se llamaba Juan Avére. En la obscura choza que le servía de vivienda, se creía que había encerradas riquezas inmensas y sin duda alguna eran muy grandes. Contaba entre sus tesoros un collar de diamantes de muchísimo valor y lo ocultaba tan cuidadosamente, que al fin él mismo llegó á olvidar en donde estaba. Días y días y días empleó en buscarlo infructuosamente hasta que perdida la paciencia, lo que le acabó de quitar la memoria, no tuvo más remedio que meterse en cama enfermo física y mentalmente. Algún tiempo después un médico y una vieja, que á veces entraba en la casa con motivo de algún trabajo necesario, se encontraban á la cabecera de la cama velándolo en sus últimos momentos. En el instante en que el reloj de la parroquia daba la una deja de murmurar, y sentándose en la cama, grita: "Ya me acuerdo en dónde está." „Ya puedo encontrar el collar." "Por Dios, déjenme que lo coja, no sea que se me vuelva á olvidar." Habiendo agotado con esto sus fuerzas, volvió á recostarse entre sus harapos y quedó muerto. Los médicos y las personas estudiosas tienen ejemplos de estos recuerdos repentinos en las grandes crisis de la vida.

Considere esto el lector en tanto que le contamos un episodio en la carrera humilde de un guarda-agujas, que puede verse todos los días prestando servicio en una estación poco importante de un ferrocarril del Norte de Inglaterra.

Tiene que hacer guardia casi todos los días y ni al comer puede separarse de su puesto, lo que afecta la salud desfavorablemente. Los más fuertes no pueden resistir mucho tiempo sin resentirse. Esto trae á la memoria la exclamación del poeta inglés Tom Hood:

"¡Dios mío! ¡Que cueste tanto el pan
y tan poco la carne humana!"

Nuestro amigo ha estado en esta ocupación muchos años, aunque sólo tenía treinta y cinco cuando se escribieron estas líneas. En 1884 empezó á sentirse mal. "No sé que tengo"—solía decir—"pero me falta el apetito." Lo que comía á la fuerza no le aprovechaba, y algunas veces se asustaba porque le daban mareos que no le dejaban ni andar. "¿Qué va á suceder"—decía—"si á mí me da esto en algún momento difícil en que yo necesite todos mis recursos?"

Otros síntomas de su estado eran dolores en el pecho y en los costados, estreñimiento, mal color, ojos amarillos, mal gusto de boca, erutos, etc. El médico dijo que era preciso que dejase el trabajo ó arriesgaría el quedarse impedido. Imposible. ¿Quién atiende á la mujer y á los hijos? El pobre continuaba en su puesto y se ponía peor. En el trabajo no se notaba, los telegramas se recibían y se despachaban bien y no hubo tren que descarrilara por su culpa ó su descuido. La enfermedad, indigestión crónica, adelantaba y produjo complicaciones en los riñones y en la vejiga. El médico decía que lo mataba el veneno que tenía en el estómago y en la sangre y que no había remedio: su sentencia de muerte estaba firmada. Pasaron otros seis meses. De guardia un día se puso tan malo que no podía estar de pie ni sentado. Dice que se tiró en un banco y allí estuvo toda la mañana. "Ya podían hacer señales, ya podía sonar la aguja del telégrafo, yo hacía de todo ello el caso que haría un muerto de la lluvia que cayese sobre su tumba."

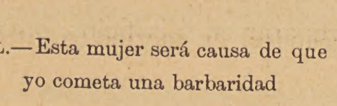
Al principio estaba solo, pero luego vino gente y llevaron á su casa al guarda-agujas. En vano se ocupaban de él los médicos. Sus cinco hijos rodeaban su cama y la mujer se hallaba ausente enferma en un hospital.

Así estuvo días y días muchas veces sin conocimiento. No había más que hacer que esperar el ¡fin. Entonces las entorpecidas facultades se despertaron por un momento, recobró la memoria y se acordó de que en un sitio oculto de la casita había guardado una medicina, que años atrás le había hecho provecho y luego había olvidado. Mandó por ella y tomó una dosis. En seguida le hizo operación, los riñones funcionaron, cesó el dolor y sintió alivio. Lleno de esperanzas mandó por más. Llegó. La tomó y en pocos días los médicos se admiraban de encontrar al enfermo en la calle convaleciente. Recobró la salud por completo y hablando de lo que le había pasado nos dijo: "¡Que cosa tan admirable que en lo que parecía mi lecho de muerte recordase repentinamente en donde había puesto aquella media botella de *Jarabe curativo de la Madre Seigel!* ¡Aquel recuerdo feliz me libró de la muerte!"

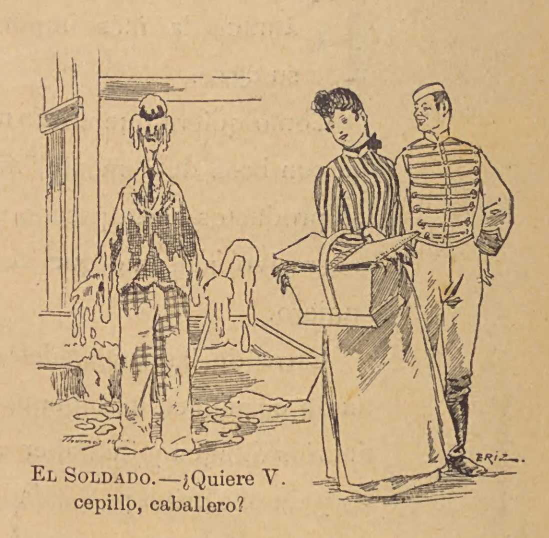
Si el lector se dirige á los señores A. J. White, Limitado, de 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El *Jarabe curativo de la Madre Seigel* está de venta en todas las farmacias. Precio del fraso, 14 reales; frasquito, 8 reales.




EL.—Esta mujer será causa de que yo cometa una barbaridad

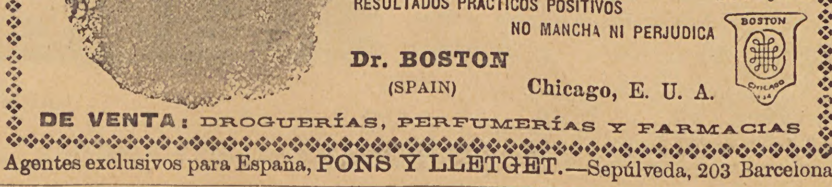

ELLA.—No lo tome tan á pechos, señorito



EL SOLDADO.—¿Quiere V. cepillo, caballero?







IMP. DE MONTANER Y SIMÓN